


# EL PODER de la MENTE

H.S. THELS

# El poder de la mente

# El poder de la mente

POR

H. S Thels



EDICIONES TORAY, S. A.
Arnaldo de Oms, 51-53
BARCELONA

Depósito Legal: B. 8459 - 1960

Número de Registro: 1859 - 80

IMPRESO EN ESPAÑA

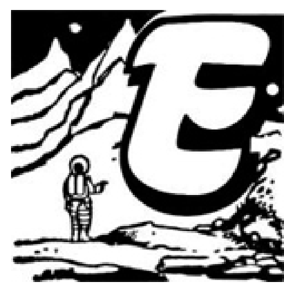
PRINTED IN SPAIN

---

Impreso por Ed. Toray, S. A. - Arnaldo de Oms, 51-53 – Barcelona




## CAPÍTULO PRIMERO




L vehículo, un magnífico birreactor de líneas atrevidas, llevaba sobre las puertas blancas un dibujo que representaba una astronave y las letras AFS en negro intenso.

Y fue lo primero que había llamado la atención de los chiquillos de todos los pueblos y ciudades que había atravesado, desde el ahora lejano Tejas hasta la ciudad de Saint Louis, en Misuri, donde había penetrado hacía unos instantes.

Durante el viaje, William se había divertido al ver la cara de asombro de los muchachos y la manera de mirarle, tomándole, sin duda alguna, por uno de aquellos héroes del espacio, amparados bajo las iniciales de aquellas tres letras, cuya significación era conocida por todos:

«Astronautics Forces of Space».

William sonrió.

¿Qué hubieran dicho los pequeños al saber que él no era más que un Consejero Legal, uno de los abogados del Centro Astronáutico, y no un valiente piloto del espacio?

Para los niños, aquel joven que guiaba el poderoso coche no podía ser más que un «Aguilucho» audaz, uno de aquellos hombres cuyas imágenes se veían en todas las revistas infantiles y en los programas de televisión, donde

aparecían junto a sus monstruosas naves, siempre sonrientes, como si el lanzarse al espacio fuese una mera broma...

Mientras penetraba en Saint Louis el joven, a medida que recorría la última parte de su camino, perdía el buen humor que el viaje le había proporcionado, ya que en su transcurso hizo cuanto pudo por olvidar su misión.

Como cada vez.

Claro que ahora era bastante más delicado... y desagradable. Pero, después de todo —pensó—, para eso le pagaban y por algo había elegido la carrera de leyes.

Se detuvo en uno de los cruces, junto a un agente de tráfico, para preguntarle el camino del Instituto Federal de Psicología Aplicada. Luego reanudó la marcha, siguiendo las indicaciones que acababan de darle, deteniéndose poco después en una amplia avenida y al lado de un edificio de tres plantas, enormemente largo, y sobre cuyo frontispicio se leía lo que el joven sabía.

Mientras descendía del coche, miró con respeto a aquel enorme caserón, diciéndose que allí dentro debía estudiarse ciencia pura, en una rama tan misteriosa como emocionante. En su profesión, William había estudiado un poco de psicología, pero no podía decirse que entendiese mucho de aquella materia, y ahora, al penetrar en el edificio, moviéndose por sus silenciosos pasillos, se sentía impresionado, como si se encontrase en un templo en el que se llevasen a cabo los ritos de una extraña religión.

Desde abajo, en el vestíbulo, le habían enviado a una nueva sala, casi completamente desnuda, en la que sólo había una mesa, tras la que se encontraba una joven enfermera.

William saludó:

—Buenos días, señorita. ¿El doctor Flanley, por favor?

—¿De parte de quién?

—Soy William Toller, del Cuerpo Jurídico de las AFS.

—Muy bien. Tenga la amabilidad de entrar en aquel saloncito. Voy a avisar al doctor.

William entró en la salita, pintada con colores agradables y amueblada con gusto, sentándose en uno de los cómodos sillones que allí había. Impaciente y nervioso, encendió un cigarrillo, sonriendo tristemente al pensar que, en contra de lo que le había ocurrido otras veces, ahora debía enfrentarse con un hombre inteligente, no sirviéndole para nada las «fórmulas» que para tales ocasiones se había ido aprendiendo a lo largo de su actuación como abogado de los astronautas.

De repente se abrió la puerta y un hombre apareció en el umbral.

Era alto, no muy fuerte, pero proporcionado. Vestido con una bata blanca, no muy larga, que dejaba ver unos pantalones grises, poseía un rostro cargado de gravedad; pero, al mismo tiempo, tenían sus labios un asomo de sonrisa agradable, simpática y sincera, que atraía inmediatamente. Amplia frente, en cuya parte anterior luchaban los cabellos rizados y negros, defendiendo una

posición que iban perdiendo poco a poco. Cejas igualmente negras y pobladas, y ojos también negros, brillantes, fijos, con una intensa luz en las pupilas. La boca era normal, así como la nariz, pero el mentón era un tanto prominente y demostraba una voluntad firme y decidida.

—Buenos días, señor Toller —dijo el recién llegado, con una voz de timbre agradable y persuasivo.

—Buenos días, doctor —repuso el abogado, estrechando la mano del otro.

—Siéntese, por favor.

—Gracias.

Hubo una pausa natural, no muy larga, que ambos aprovecharon para encender sendos cigarrillos.

Luego, William, que no sabía cómo empezar la conversación, dijo:

—Debe ser interesante el trabajo aquí, ¿no, doctor?

—Apasionante.

Toller suspiró.

—Me lo imagino. Yo estudié un poco de psicología, cuando hacía mi tercer año de abogado; pero no fueron, en realidad, más que unas superficiales nociones.

—Que, por lo que veo, ha aprovechado usted bien, amigo mío.

Toller frunció el entrecejo.

—¿Qué quiere usted decir?

El otro sonrió.

—Desde que he entrado aquí, me he dado cuenta de que estaba nervioso y que lucha por encontrar la forma de decirme algo que no debe ser nada fácil. Pero no puedo imaginar de lo que se trata. Soy psicólogo, pero no adivino.

—Ya veo que pierdo el tiempo dando vueltas alrededor del asunto y que lo mejor es ir al grano, como vulgarmente se dice.

—¿De qué se trata, señor Toller?

—De su hermana.

En el rostro del otro no hubo ningún signo especial, y su expresión no cambió en lo más mínimo.

Pero sus ojos brillaron un poco más que de costumbre.

—¿De Diana?

—Sí.

—¿Ha hecho alguna de las suyas?

—No.

Ben Flanley suspiró con fuerza.

Siempre temía las noticias de Diana, que, sin dejar de ser una chica encantadora, se dejaba arrastrar por amistades bulliciosas. Y no era la primera vez que Ben había recibido la visita de un abogado con algún asunto desagradable, pero nada grave, que terminaba siempre con el pago de unos muebles destrozados por «la banda» o el pago a un propietario de coche de los cuatro neumáticos reventados. Diana vivía con tío Jess, en el norte de Tejas; pero, en realidad, poco tiempo estaba en las fincas del tío, prefiriendo vagar de

un lado para otro con los chicos y chicas que constituían su ya tristemente célebre «pandilla».

—¿Qué han hecho ahora?

—Nada.

No escapó a Ben la expresión seria y ensombrecida del otro. Y mordiéndose ligeramente los labios, apremió.

—Dígame lo que sea, amigo mío. Estoy preparado.

Toller le miró, experimentando un dolor que era como una anticipación de lo que iba a sentir el otro. Luego, sabiendo que el doctor no le permitiría más rodeos, dijo con un hilo de voz:

—Ha muerto.

Ben palideció, y sus largos y cuidados dedos temblaron durante unos instantes.

Un largo silencio, pesado y desagradable hasta lo inconcebible, pesó sobre ellos, como una losa.

Ben había cerrado los ojos casi por completo, y el abogado vio que los músculos de sus maxilares sobresalían. Estaba «digiriendo» la noticia, dominándose como Toller había visto a muy pocos hombres hacerlo.

Parecía como si el doctor pensase profundamente, convirtiendo el dolor en materia de reflexión.

Pero, demostrando que no había olvidado la presencia del otro, sin abrir los ojos, inquirió, con un extraño y como lejano tono de voz:

—¿Cómo ha sido, señor Toller?

—Un desdichado accidente.

—Detállemelo, por favor.

William carraspeó, aclarándose la voz.

Luego explicó.

—Al parecer, aunque tenemos aún muchas lagunas en cuanto a los detalles de lo sucedido, su hermana, la señorita Flanley, salió, hace tres noches, con un grupo de «Aguiluchos»...

—¿Sola?

—Sí.

—Bien. Siga.

—Estuvieron bebiendo y divirtiéndose, como buenos camaradas en San Antonio, cerca del Centro de Astronáutica. Luego, en unos coches, se dirigieron hacia Big Springs...

—¿Qué más?

—En realidad, doctor, ya no sabemos más. Hacia el mediodía del día siguiente, un granjero, que iba al mercado con un camión y su remolque, encontró el cadáver de su hermana no lejos del camino que conduce desde su propiedad a la carretera principal.

—¿Qué ha dicho el forense?

—Muerte por lesión, con arma punzante, en el tórax, interesando el corazón. La muerte debió ser instantánea.

Ben había abierto los ojos.

William creyó ver un brillo en los párpados, pero no hubiese podido jurar que aquello pudieran ser lágrimas.

—¿Quién lo hizo, señor Toller?

—No lo sabemos, doctor. La policía sigue haciendo averiguaciones, pero, hasta ahora, desdichadamente, sin resultados.

Con mano segura, Ben sacó su pitillera, ofreciendo un cigarrillo a su interlocutor, que aceptó gustoso, deseando un margen, un descanso en aquella situación desagradable.

Pero se equivocaba; porque Ben, mirándole fijamente, preguntó:

—¿Por qué intenta engañarme, amigo mío?

—¿Engañarle?

—Sí. Usted sabe, mucho mejor que yo, que esa muerte no puede caer sobre nadie más que sobre los «Aguiluchos».

—Pero...

—Déjeme seguir. Todo el mundo sabe que los jóvenes de las AFS, mimados por el gobierno, tomados por héroes por la población, se creen todo permitido. Están seguros de que nadie puede castigarles, ya que saben que cuesta muchísimo dinero preparar a uno de ellos y que, para el gobierno y la ciencia, es mucho más importante el proseguir las investigaciones espaciales, ahora que hemos sacado una positiva ventaja a los rusos.

»Mal educados, malcriados, mantenidos en un ambiente que les es propicio, los «Aguiluchos» pueden, en realidad, permitirse todo. Usted, como abogado de las AFS, lo sabe mejor que yo, ya que su trabajo se reduce a eso: visitar a la gente que directa o indirectamente, han recibido daño de esa pandilla de locos.

Y después de una pausa:

—¿No viene usted a ofrecer una compensación económica?

Toller se puso colorado.

—Sí, trescientos mil dólares.

Una sonrisa triste apareció en el rostro del otro.

—Me lo imaginaba. Las AFS pueden pagar lo que sea para evitar que alguien proteste demasiado fuerte. Aunque si lo hiciera, no lograría nada, porque los «Aguiluchos» gozan de la protección directa del gobierno de los Estados Unidos, y todo el pueblo los idolatra. ¿No han sido ellos los que nos han proporcionado los triunfos más resonantes en estos últimos años? ¿Cómo podríamos atacarlos, si son los héroes de nuestra juventud?

—Se está haciendo usted un daño inútil, doctor.

—No se preocupe por mí. Lo que me duele es que creo que usted conoce la identidad del asesino y no va a decírmela.

—Le doy mi palabra de honor de que no lo sé, doctor.

—Le creo.

—Fue todo un grupo. El equipo entero de la «Star of América».

—Conozco esa nave... de nombre. ¿No es la que consiguió llegar a Urano

el año pasado?

—Sí. Ahora se han propuesto ir a Plutón.

Hubo una nueva pausa; después, el médico continuó:

—Es triste que ocurran estas cosas en un país civilizado como el nuestro. Me hacen recordar otras situaciones pasadas: la actitud de los señores de la Edad Media, de las fuerzas, especiales, de las SS nazis, de todos esos desdichados que han sido los héroes de sus respectivas épocas, y a los que todo les estaba consentido.

—Crea que lo lamento de todo corazón.

—Lo sé. Su misión, amigo mío, no es envidiable. Pero comprenda también que una muchacha ha muerto asesinada por el capricho de unos borrachos, y que, pudiendo descubrir al criminal, hemos de cruzarnos de brazos, ya que se trata de personajes tabús —sonrió, encogiéndose de hombros—. ¡Excelente época la nuestra!

Toller no sabía qué decir.

Pero, haciendo un esfuerzo, repuso:

—Sinceramente, doctor Flanley: odio mi misión y desprecio, tanto como usted, esa libertad absoluta que se ha dado a los «Aguiluchos». En el fondo, sin embargo, no creo que sean malos chicos...

—Puede ser. De todos modos, permítame que le diga que esa clase de individuos, gente que desprecia la vida, sin familia, porque les está prohibido tenerla, poseen una mentalidad especial y no son, al fin y a la postre, seres normales. Crecidos por las consideraciones de que son objeto, su personalidad se dilata en un egocentrismo enfermizo, haciéndoles creer que son semidioses. Y si, en realidad, son útiles en extremo, y la verdad es que lo son, debían estar separados del resto del mundo, confinados en unas bases alejadas de los demás. Porque son excesivamente peligrosos.

—Comprendo que les odie.

—No lo crea, amigo mío: no los odio. Siento una gran curiosidad por ellos y me hubiera encantado estudiarlos. En Cuanto al que mató a mi hermana... ése es objeto de un sentimiento concreto en mi mente: el de hacer justicia, si pudiese. Porque considero que ningún crimen debe quedar impune.

—Hay atenuantes, doctor...

—¿Atenuantes?

—Sí. Estaban bebidos, enloquecidos y...

—No sirven sus atenuantes, señor abogado. Los atenuantes pueden aplicarse a personas normales, a los que como nosotros saben que han de pagar un delito que, a veces, se comete en circunstancias psicológicas especiales. Pero con los «Aguiluchos» es completamente distinto. Ellos están predispuestos al crimen y al abuso, porque se saben intocables. ¿Podía haber atenuantes para un César romano o para un caballero señor feudal, que cometiesen un desatino? Estando fuera de la Justicia, sabiéndose amparados por la Ley, que eximentes podrían alegar, señor abogado...?

—Tiene usted razón.

Ben sonrió.

—La razón, por desgracia, ya no sirve de nada, amigo mío. Diana ha muerto y nada podrá salvarla ya.

Y después de una pausa:

—¿Ha sido enterrada ya? —preguntó el psicólogo.

—Sí. Un familiar de ustedes se presentó para llevarse el cadáver al norte de Tejas.

—Sí, el pobre tío Jess.

—Fue él quien habló conmigo, ya que encontramos en el bolso de la señorita su dirección. Ese señor me dijo que vendría a verle a usted.

—Gracias.

Toller se puso en pie.

—Si me necesita para algo...

—No. Le estoy muy agradecido por todo y sé cuánto ha de padecer en su trabajo, con misiones como ésta.

Se estrecharon la mano.

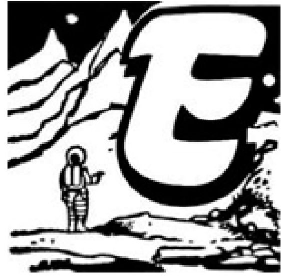
Luego, Ben le acompañó hasta el saloncito, encargando a una enfermera que llevase al abogado hasta la salida.

Atravesando el salón, Flanley se dirigió con paso rígido y forzado hasta su despacho particular, cuya puerta cerró detrás de él. Se sentó en su sillón giratorio y echó una mirada a su alrededor, apoderándose seguidamente de la foto que había sobre la mesa y que representaba a una linda muchacha, joven, con una larga cabellera negra.

Mientras contemplaba la fotografía, parpadeó varias veces, dejando ahora que las lágrimas, en entera libertad, ardientes como ácido, cayesen por sus mejillas, dejándole, al rozar sus labios, un sabor amargo...

—¡Diana! —sollozó, no pudiendo más.

## CAPÍTULO II




L tío Jess era la imagen viva de la simpatía. Grueso, no con obesidad desagradable, cuerpo ágil para sus años, con un rostro jovial y sonriente, era la viva estampa del tejano ciento por ciento, seguro de que su país era el más hermoso del mundo y que sin Tejas, los Estados Unidos no hubiesen llegado jamás, a ser lo que eran ahora.

En aquellos momentos, sentado en el diván del living de la casa de su sobrino, en Saint Louis, su expresión había dejado de ser risueña y su entrecejo estaba fruncido, como si el recuerdo de la muerte de Diana estuviese grabado permanentemente en su cara.

Se llevó el vaso a los labios, mirando con los ojos entornados a Ben que paseaba con evidente nerviosismo, fumando incansablemente cigarrillo tras cigarrillo.

—Eso es imposible, pequeño.

Ben se detuvo en seco, volviéndose hacia el otro.

—¿Por qué, tío Jess?

—¡Es una locura!

—Yo sé que no lo es, y tú, en el fondo, estás de acuerdo conmigo. Hemos nacido en Tejas, tío. Y tú y yo sabemos muchas cosas que otros no llegarían a comprender jamás.

—Pero...

—Todo depende de ti. Posees influencia suficiente para lograr la parte que me interesa: de lo otro, ya me encargaré yo.

—¿Es que crees que podrás descubrir algo?

—Tú déjame que lo intente y verás si lo logro. Son seis, tío, seis probables asesinos. Uno de ellos, no lo olvides, hundió un cuchillo en el cuerpo de...

—¡Por favor, Ben!

—Déjame seguir. Seguramente es algo morboso que se está desarrollando en mí; pero, para que no se apague el rescoldo de mi furia, tengo que hacerlo, he de repetirme mil veces al día la escena del crimen, imaginándomela cada vez bajo un aspecto más crudo, bajo una apariencia de crueldad infinita... Los veo borrachos y confiados, despreciando la vida de una criatura como Diana... Y uno de ellos, como una bestia insaciable, hundir el cuchillo, seguro de que nada le ocurriría... ¡como si hubiese aplastado con su bota una simple hormiga

que volvía a su hormiguero!

—¡No digas eso!

—Es la verdad, tío Jess. ¿Comprendes ahora que no podría vivir sin hacer algo? No es necesario demasiado, como ya te he explicado. Vas a Washington y hablas con el Presidente. Sois viejos amigos, ya que él es tejano como nosotros. Sus propiedades son vecinas de las nuestras. Él debe comprender que lo que solicitamos es legal y humano. Si las cosas siguen así, si los «Aguiluchos» siguen gozando de esa impunidad horrible, llegará un momento en que las gentes, a pesar de todas las propagandas, los destrozarán en las calles como a bestias malignas que son.

»Ellos exponen sus vidas y trabajan para la grandeza del país; pero ¿no lo hacen otros muchos? Hay mineros cuya vida está constantemente en peligro, investigadores de cuestiones atómicas que viven al lado de una especie de muerte concentrada, médicos que pelean contra enfermedades contagiosas... ¿Son menos que esos niños presumidos? ¡No, tío Jess! El país ha vivido siempre bajo la luz maravillosa de la libertad humana, de la igualdad de derechos y deberes. Y no podemos permitir cosas como ésa.

»Si expones al Presidente los hechos, si le haces ver que con el castigo de un culpable pueden cambiar las cosas y que, después de todo, hasta sería bueno para el futuro de los astronautas, que se convertirían en seres como los demás, estoy seguro de que conseguirías lo que nos proponemos.»

El viejo suspiró.

—Iré a verle, puesto que te empeñas. Pero no te hagas muchas ilusiones, muchacho. Los «Aguiluchos» son, hoy por hoy, los ídolos de los estadounidenses. No olvides que han sido ellos los que nos han arrancado la espina de la superioridad soviética en viajes espaciales. Durante ocho años, sufrimos las burlas del mundo entero. Hoy, por fortuna, podemos sonreír, confiando en nuestro futuro, en ese aspecto.

—Sí, ya sé que la misión de la que te he encargado es muy difícil, tío Jess. Pero debemos intentarlo. ¿Sabes una cosa?

—¿Qué?

—Si no lográsemos nada, ¡mataría a toda esa tripulación, aunque ello me costase ir a la silla eléctrica!

—¡Piensas como un tejano del siglo pasado!

—Es posible. Pero entonces, aunque no había naves del espacio, los hombres, por lo menos, poseían una clara idea de la Justicia.

—Ya lo sé. Bueno, de acuerdo, mañana tomaré el avión para Washington. Volveré cuanto antes.

—Yo ya no estaré aquí.

—¿Eh?

—No. Saldré mañana para Tejas.

—¿Vas a San Antonio?

—Sí. Me hospedaré en el hotel Río Grande. Allí puedes llamarme, con el resultado de la entrevista con el Presidente.

—No irás a hacer una barbaridad y precipitarte, ¿verdad?

—No temas. Esperaré tus noticias.

—Bien. Vamos ahora a dormir, aunque no creo que logre pegar el ojo —se levantó y cuando ya había llegado junto a la escalera que conducía a los dormitorios, en la planta de arriba, se volvió con una sonrisa:

—Ben, hijo mío.

—¿Qué?

—Yo también pienso como tú: ese canalla ha de pagar la muerte de Diana.

—Lo sabía, tío Jess. No temas, pagará.

* * *

San Antonio había crecido, multiplicándose casi por dos. Ahora, en 1989, se había convertido en una ciudad completamente nueva, alrededor del casco antiguo, en el que quedaban todavía preciosos restos que recordaban la presencia de los colonizadores españoles del siglo XVI. El resto de la ciudad se había adaptado a la proximidad del Centro de Astronáutica, el más importante del mundo, situado sólo a unas treinta millas de San Antonio.

Ben se alojó, como había previsto, en el «Río Grande», uno de los principales hoteles, donde descansó aquella noche, sin salir ni poco ni mucho a la calle.

Pero, a la mañana siguiente, después de desayunar, salió, dirigiéndose, en autobús, a los edificios de las secciones anejas al Centro, situadas fuera del área de las pistas de lanzamiento y hangares, lugares sagrados en los que no se podía penetrar así como así.

Después de informarse, penetró en uno de los edificios, siendo recibido por un hombre joven, en un despacho que, como todo lo del Centro, respiraba «el espacio».

En efecto, las paredes estaban adornadas con dibujos audaces, representando ora a las poderosas astronaves de las AFS, ora paisajes de los planetas visitados y en los que los Estados Unidos poseían ya Bases de experimentación.

Ben había entregado su tarjeta al recepcionista, en el «hall». Y ahora, el hombre del despacho la tenía en la mano.

—Pase, doctor Flanley, y siéntese. ¿Un cigarrillo?

—Sí, gracias.

Prendieron fuego en un encendedor de plata, que reproducía una de las astronaves.

—Usted dirá, doctor...

—Es muy sencillo: deseo entrar en las AFS.

—¿En calidad de qué?

—Psicoanalista. Sé que cada astronave lleva uno para evitar los complejos del viaje espacial y las situaciones de angustia.

—Bien. ¿Posee títulos?

Ben alargó su tarjeta de plástico en la que estaba resumido su «curriculum

vitae». El otro lo repasó atentamente, devolviéndosela luego.

—Excelentes antecedentes. No creo que haya muchas dificultades en cuanto a la admisión de la documentación. Supongo que sabe que tendrá que sufrir un examen, junto a los demás candidatos.

—Lo sé. ¿Somos muchos?

—Doce. Y todos ellos, por lo que he visto hasta ahora, muy buenos.

—Lo celebro.

Y después de una pausa.

—Una pregunta, señor...

—Conver.

—Una pregunta, señor Conver. ¿Es posible elegir astronave en caso de ser admitido?

—No es costumbre en las AFS; pero, sin embargo, puedo decirle que se hace así cuando la calificación obtenida en el examen es superior a 10. Aunque —sonrió—, hasta hora, sólo un candidato llegó a once.

—Lo comprendo. ¿Hay programa para el examen?

—No. Los examinadores pueden elegir libremente los temas, dentro de la especialidad.

—Perfectamente.

Se puso en pie, estrechando la mano que el otro le tendía.

—Ya tengo su dirección, doctor Flanley. Le avisaremos con tiempo, un par de días antes del examen.

—Muchísimas gracias.

Una vez fuera, Ben tomó nuevamente el autobús, y regresó a la ciudad. Y cuando se dirigía hacia el hotel, vio a la gente lanzar exclamaciones de admiración.

Volvió el rostro hacia donde los otros miraban y contempló el paso de uno de los célebres equipos de «Aguiluchos», vestidos con trajes espaciales de «paseo».

Altos, fornidos, verdaderos atletas, ejemplares humanos cuidadosamente seleccionados, formaban, en verdad, un grupo admirable. Pero a los ojos de Ben, acostumbrados a escrutar en las almas, aquellos hombres no eran más que unos presumidos desagradables, subidos a lo alto del pedestal que la fama les había dado y la admiración de la gente había mantenido y mantenía aún.

Tiesos como pavos, mirando a los demás desde el hombro, sonreían, halagados por aquella idolatría que creían merecer. Los chicos los seguían, pegados a los talones y las jóvenes suspiraban a su paso.

«¡Necedad humana! —pensó Ben—. Siempre ha existido y siempre existirá. Porque por más que se diga y se haga, la inteligencia es mucho más escasa en el hombre de lo que pueda crecerse...»

Apretó el paso, con los puños cerrados, pensando que uno de aquellos hombres, quizá uno que acababa de ver, era el que había hundido el cuchillo en el pecho de Diana.

¡Pero aquel perro, estuviera donde estuviese, pagaría su culpa!

* * *

El comedor estaba, completamente lleno y Ben, cuando bajó a cenar, echó una mirada a las mesas ocupadas.

Un camarero se acercó a él.

—¿Desea un sitio, señor?

Ben sonrió.

—¿Cómo lo ha adivinado, amigo?

El otro le devolvió la sonrisa.

—Hay un sitio, allí, al fondo, en una mesa para dos. Si no le molesta...

—De ninguna manera. Tengo hambre y lo que me interesa es calmarla.

—Haga el favor de seguirme, señor.

Atravesaron el comedor, por los estrechos pasillos que las mesas dejaban entre sí. Luego, deteniéndose, el camarero se inclinó junto a una joven que comía sola:

—¿Le molestaría que este señor se sentase aquí, señorita?

La muchacha levantó la cabeza.

Era muy linda y el óvalo de su cara, perfecto,

Su tez mostraba un tono moreno, que denunciaba su permanencia prolongada al sol. La nariz, un tanto respingona, ponía una nota graciosa en su rostro. Los labios, ligeramente pintados, eran normales. Y los cabellos, rubios y cortos, brillaban intensamente.

—De ninguna manera —repuso, con una voz de agradable tono.

—Muchas gracias —se apresuró a decir Ben.

El camarero tomó la petición del joven. Luego éste sacó su pitillera; cuando el otro se hubo ido, preguntó:

—¿Me permite fumar?

—Puede hacerlo.

—Gracias.

Ella comía en silencio, a la vez que leía una revista que tenía al lado. Ben se esforzó por leer desde el otro lado, pero no lo consiguió. Mas, cuando la muchacha pasó la hoja, vio un dibujo de una célula nerviosa, lo que fue una verdadera sorpresa para él, ya que aquello demostraba que la revista era de Medicina.

—Perdone —no pudo por menos de decir—. ¿Es usted médico?

Ella levantó el rostro, sonriendo.

—Sí. ¿Está usted enfermo?

—No.

Después, la muchacha, dándose cuenta de que había adivinado su profesión, frunció el entrecejo, con una mueca graciosa, mirando fijamente a su vecino de mesa.

—¿Cómo sabe que soy médico?

—Lo he supuesto —dijo él, señalando la revista—. Vi esa neurona y lo supuse.

—¿Es usted también médico?

—En cierto modo. Psicólogo.

—Muy interesante.

Se vieron interrumpidos por la llegada del camarero, y Ben, después de unas palabras banales, se puso a comer. Ella lo hacía mucho más lentamente, debido a que continuaba leyendo con interés. De ese modo, acabaron juntos la cena.

—¿Toma café? —inquirió él.

—Sí, pero no aquí.

—¿Me permite que la invite?

—¿Por qué no?

Salieron juntos, dirigiéndose al bar, situado al otro lado del vestíbulo y que a aquellas horas estaba casi vacío.

Tomaron asiento en una mesita, al fondo, donde podían hablar con entera tranquilidad.

Y cuando tuvieron ante ellos las tacitas humeantes, Ben dijo:

—Creo que debo presentarse: me llamo Ben Flanley.

—Yo, Wanda Haworth.

—Encantado, Wanda.

—Lo mismo digo, Ben. ¿Vive aquí, en San Antonio?

—No. Trabajo en Misuri. Pero he venido a intentar ingresar en las AFS.

—¿Sí? Yo trabajo en ellas.

—¿De verdad?

—Y puedo decir, con cierto orgullo, que pertenezco a la tripulación más famosa. ¿Ha oído hablar de la «Star of América»?

Ben se estremeció: pero, dominándose exclamó;

—¡Claro que sí! Entonces ¿fue usted a Urano en el último viaje?

—Sí. Y ahora estamos preparando otro a Plutón.

—Eso he oído decir. Debe ser emocionante viajar por el espacio.

—No lo crea. En el fondo pasar unos meses en el interior de una astronave termina por ser monótono. Lo interesante es la visita a los planetas.

—¿Qué tal Urano?

—Un mundo frío, terrible, casi sumido en una noche eterna. ¡Imagínese, pues, lo que será Plutón!

—Sí, tiene usted razón; pero, de todos modos, debe ser muy interesante.

—Lo es.

Y después de una pausa, la muchacha interrogó:

—¿Cuándo se examina usted?

—No lo sé.

—¿Aspira a una plaza de psicoanalista?

—Sí, eso es.

—He oído decir que los exámenes son muy duros. Y no me extraña: en el viaje a Urano, llevábamos una señorita psicoanalista que fracasó por completo: tuve que atenderla, puesto que ella fue quien atrapó todos los

complejos posibles.

La emoción bañó el pecho de Ben.

—Entonces, ¿su equipo no tiene ahora psicoanalista?

—No, no lo tenemos.

Sonrió, al mirarle con fijeza:

—¿No irá usted a decirme que desea venir en la «Star»?

—¡Con toda mi alma!

—¿Algún motivo especial?

—Sí. El de ir con esos muchachos hasta Plutón. Son los más famosos de todos los «Aguiluchos», y sería un honor ir con ellos.

—Sí, tiene usted razón. Son estupendos, aunque...

—¿Aunque qué...?

Ella tardó en contestar.

Después continuó:

—Verá usted, Ben. Nosotros estamos acostumbrados a vivir en un ambiente corriente, con seres humanos normales, de esa clase media psicológica que usted conoce tanto como yo. Los «Aguiluchos» son distintos: niños caprichosos, engreídos e insoportables, sobre todo en tierra. Cuando vuelan, en el espacio, se vuelven un poco más humanos, pero no mucho. Tienen una manera fea y directa de despreciar a los demás.

—Lo comprendo.

—Por eso se siente uno solo, completamente solo durante el viaje. Sólo se dirigen a uno cuando lo necesitan. Mientras, es como si usted no existiese y fuese un bicho molesto.

—¿También le ocurre a usted? ¿A pesar de ser mujer?

—Sí. Ellos saben que yo no soy como esas otras que ponen los ojos en blanco y suspiran cuando pasan por la calle y los ven. En el fondo, señor Ben, son como niños, ya lo dije antes, ignorantes a pesar de sus conocimientos de especialistas. Porque debe usted saber que es más importante su resistencia física que su inteligencia. En realidad, muchos de ellos consiguieron su puesto después de semanas de enseñanza, desesperando a los profesores por la nulidad de sus mentes

—Me los Imaginaba así.

—Y no se equivoca... Son decididos, valientes, desprecian los peligros; pero, en el fondo, son como pequeños caprichosos y mal educados.

Fue en aquel momento cuando el altavoz del salón se dejó oír:

—¡Doctor Flanley! ¡Doctor Flanley! ¡Le llaman al teléfono! ¡Haga el favor de ir a la cabina número siete, en el «hall» del hotel!

—¿Me perdona un momento, Wanda?

—¡Sí, sí!

—Vuelvo enseguida.

Se alejó, con paso apresurado, penetrando en la cabina sin poder controlar su emoción ni los latidos alocados de su corazón.

—¿Diga?

—Soy yo, Jess, Ben...

—¡Tío Jess! ¿Cómo ha ido eso?

—Tuve que luchar mucho, muchacho, pero lo conseguí.

—¡Qué alegría!

—No te precipites. El Presidente duda, como yo, de tus procedimientos, que encuentra muy raros y un tanto funambulescos.

—Lo comprendo.

—Por otro lado, no te concede más que cuarenta y ocho horas, haciéndote responsable de lo que pueda ocurrir de desagradable.

—Bien. No te preocupes.

—¿Cómo no preocuparme? Además, el Presidente me ha dicho que si consigues el examen, cosa de la que no dudo, de la única que no dudo, irás destinado a donde deseas.

—¡Muchas gracias, tío Jess! ¡Eres un ángel!

—Sí, sí... pero temo que alguien me corte las alas, igual que a ti. Si fracasas, el Presidente no me olvidará tampoco a la hora de las responsabilidades.

—Todo saldrá bien.

—¡Dios te oiga!

—Bueno, tío Jess. ¡Hasta la vista!

—Ten mucho cuidado.

—Lo tendré.

—Adiós, tozudo.

Ben colgó y regresó al bar. Su expresión era tan radiante, que la muchacha, sonriéndole, preguntó:

—¿Tan buenas noticias han sido, Ben?

—¡Maravillosas! ¡Formidables! ¡Únicas!... Oiga, Wanda...

—¿Qué?

—¿Por qué no vamos a bailar un rato? Necesito que esta noche sea la prolongación de los momentos que acabo de pasar en la cabina telefónica.

—Si usted lo dice, señor psicólogo.

—Sí. Sea buena. Aunque, después de todo, lo tome usted como una sesión de psicoterapia a un pobre loco que, como yo, desea divertirse.

—Aceptado.

# CAPÍTULO III



L salir del aula vio a Wanda, como esperaba. La muchacha estaba sentada en uno los bancos del pasillo y se levantó, dirigiéndose a su encuentro.

—¿Qué tal, Ben?

—Creo que habré obtenido una buena puntuación.

—¿Difícil tu caso?

—Un poco; pero ¡no nos quedemos aquí! Vamos al bar y esperaremos allí a que llamen, dentro de un par de horas, para dar los resultados. Podíamos almorzar juntos.

—Como quieras.

La cogió del brazo amistosamente, saliendo del recinto para, después de atravesar un cuidado jardín, penetrar en el restaurante, un lugar sombreado y fresco, un verdadero oasis comparado con el exterior.

Tomaron asiento en una de las mesas y Ben pidió unos martinis secos.

—Me presentaron a un nombre —dijo, contando las incidencias del examen— que padecía lo que ellos llaman un complejo espacial de dilatación, y que no es, después de todo, más que una especie de agorafobia[1]. El sujeto padecía una fuerte angustia y no podía soportar dimensiones grandes, permaneciendo en su habitación sin salir de ella ni un solo instante.

—¿Qué hiciste?

—Un psicoanálisis que me permitió descubrir un «trauma psíquico» acontecido cuando tenía once años. Era, por entonces, un buen jugador de fútbol y estaba en camino de conseguir una fama bien merecida. En uno de los partidos más importantes en que tomó parte, el último para él, tuvo la desgracia, el desacierto de marcar un gol, equivocadamente, en su propia portería. Fue algo difícilmente explicable y muy lamentable, ya que cuando ocurrió el incidente, los dos equipos estaban empatados a cero y, naturalmente, el tanto producido en aquellas circunstancias desdichadas dio la victoria a los contrarios.

»Parece ser que el público, fanático como siempre, se puso en pie y abucheó cruelmente a este muchacho. La distancia que le separaba de la entrada a los vestuarios le pareció la más grande que había recorrido en su vida. Puedes imaginártelo fácilmente, Wanda... Bajo el bochornoso abucheo de la gente, nuestro joven tuvo que ir, al paso, desde uno de los extremos del

campo, su portería, en la que acababa de cometer el error, hasta la entrada a los vestuarios; situada casi al otro extremo del campo.

»La muchedumbre rugía, y nunca sintió como hasta entonces la enorme dimensión del estadio. Era como una llanura interminable a cuyo final no se pudiese llegar jamás.

»A partir de aquel instante, el joven dejó de jugar, presentando la dimisión a su Club. Pasó el tiempo y consiguió olvidar aquello, haciendo una vida corriente. Luego, puesto que era un atleta, se vio atraído por las AFS, ingresando como copiloto en uno de los equipos. Pero cuando salió al espacio, cuando pudo contemplar la infinitud cósmica, su inconsciente liberó el trauma y se produjo la consiguiente crisis angustiosa, con sus repercusiones psicosomáticas.

»El análisis, una vez vació el contenido de aquella vivencia negativa, liberó, como suele ocurrir casi siempre, al individuo que, cuando lo dejé, había soportado toda clase de pruebas y estaba dispuesto a salir al espacio de nuevo, con la seguridad de que su angustia no se presentaría nunca más.

—¡Es maravilloso!

—Un caso interesante, eso sí...

—¡No seas modesto! La verdad es que, desde que te conozco, me intereso por algo que, en el fondo, he de confesártelo, me pareció siempre un poquito fantasioso. Acostumbrada a la clínica, no creí nunca en esas curas psíquicas, sobre todo de una forma total.

—Es natural tu punto de vista, aunque erróneo.

—Ya lo sé ahora. ¿Le hiciste un narcoanálisis[2]?

—No.

—¿Entonces?

—Hipnotismo.

Le miró, con una nueva curiosidad, como si le viese por primera vez, desde un inédito punto de vista.

—¿Hipnotismo?

—Sí ¿Qué raro hay en ello?

—Nada... pero no sabía que supieses hipnotizar.

Ben sonrió.

—En nuestra profesión, Wanda, es algo tan importante como el auscultar o tomar la tensión arterial para vosotros, los médicos internistas. Además, y esta vez sin falsa modestia, poseo propiedades un tanto especiales para el hipnotismo.

—¡Me estás dando miedo!

—No temas. En Saint Louis hemos logrado resultados bastante interesantes, obrando a distancia, sin necesidad de preparar al paciente. Eso sí, ya sabes que para ser hipnotizado, sin recurrir a fármacos, se tiene que ser un lábil; es decir, poseer una inestabilidad nerviosa acusada.

—Sí, ya lo sé.

—Las personas normales, sencillas y sin complicaciones, no pueden ser

hipnotizadas así como así. Pero, por suerte o por desgracia, el noventa por ciento de la población actual, sobre todo en las ciudades, comprende tipos lábiles en los que el hipnotismo es tarea fácil.

—¿Yo también?

La miró sonriente.

—No, tú no, Wanda. Contigo, el peligro es inverso.

—¿Qué quieres decir?

—Que, en este caso, eres tú la hipnotizadora...

—¡Adulador!

—Es verdad. Yo...

Ella hizo un gesto, deteniéndole.

—No sabía que los psicólogos fuesen, al mismo tiempo, hombres tan decididos en ciertos aspectos de la vida. No, Ben: somos dos buenos amigos y debemos evitar complicaciones de cualquier género. Sobre todo, si las cosas van bien, pues hemos de viajar juntos y hay un artículo en las AFS, el ciento veintidós, que dice claramente que no debe haber relaciones amorosas entre los miembros de una tripulación.

—¡Pero ni tú ni yo seremos miembros de la tripulación!

—Lo seremos, Ben. Miembros de un equipo, que viene a ser lo mismo. Es lo único, óyeme bien, que está prohibido a los «Aguiluchos». Una vez en tierra pueden hacer lo que les plazca, con poquísimas limitaciones, casi ninguna. Pero, en el espacio, las leyes son rigurosas.

—Comprendo. ¿No hay entonces... esperanza?

—Por el momento, no, Ben. Y es mejor para los dos. Esto no quiere decir que en un futuro, más o menos lejano...

—Al menos, me dejas una puerta entreabierta.

—Muy poco, doctor. Yo, por el momento, estoy muy contenta con mi trabajo y creo que pasará mucho tiempo antes de que abandone las AFS. Y tú, ya lo verás, harás lo mismo. Porque el espacio atrae, y te sentirás, como yo, ligada a la astronave y al equipo.

Flanley se mordió los labios.

Hubiese querido hablarle de todo, pero sabía que sería como destruir algo que, cuando estaba solo, paladeaba como un manjar exquisito que le hubiesen preparado exclusivamente para él.

¿Era verdad que la venganza era un placer de dioses?

Quizá la palabra venganza no encajase precisamente en las ideas que él se hacía del deber que se impuso. Justicia venía mejor, encajaba más sólidamente...

—Háblame un poco de tu equipo, Wanda. Es posible que yo forme, muy pronto, parte de él, y no estaría mal qué los fuese conociendo.

—Tendrás que esperar las notas, Ben; lo siento.

—¿Por qué he de esperar?

—Pronto lo sabrás. ¿Y se puede saber, amigo mío, por qué no pedimos la comida? Tengo apetito y no me avergüenza decirlo...

—¡Perdona! Estaba entusiasmado con la conversación.

Llamó al camarero y poco después comían, a la vez que charlaban de cosas sin importancia.

Acababan de servirles el café cuando el altavoz se dejó oír:

—¡Se ruega a los examinados esta mañana para dos plazas vacantes de psicoanalistas, pasen por el aula número cinco, donde les serán entregadas sus calificaciones!

Ben no pudo evitar un estremecimiento y miró a la muchacha.

—Ha llegado el momento, Wanda.

—Sí. No vale la pena tomar el café. Ya lo tomáremos, después, en otra parte. ¿Vamos?

—¡Vamos!

Los examinados esperaban ya a la puerta, del aula y poco después, uno de los ayudantes del tribunal aparecía en el umbral, con una lista en la mano. Los miró a todos, sonrió y con voz clara empezó a nombrar.

El joven oyó los otros nombres como si el sonido procediera de muy lejos.

Hasta que escuchó el suyo:

—Ben Flanley, doctor en Psicología, admitido con... ¡doce puntos!

—¡Enhorabuena!

—¡Vaya triunfo, muchacho!

—¡Doce puntos!

—Yo creo que es la primera vez que se obtiene esa calificación.

—Gracias, gracias...

Logró salir de aquel circuló de muchachos que, la mayor parte vencidos, pero sin rencor, le felicitaban sinceramente. Y del brazo de Wanda, que tiraba de él, consiguió llegar al jardín.

Ella le guió aún, llevándole al aparcamiento donde había dejado su coche. Y una vez en el interior, exclamó:

—¡Te felicito de todo corazón, Ben!

La miró con fijeza.

Ella sonrió; luego, con voz agradable, decidió:

—Está bien. Puedes besarme en esta ocasión.

Le ofreció los labios y él la besó tiernamente.

—¡Gracias, Wanda!

Ella no repuso nada, poniendo en marcha el vehículo.

Más tarde, cuando llevaban un rato de marcha, la joven preguntó:

—¿Sabes dónde vamos, Ben?

—No.

—Antes, en el bar, me rogaste que te dijese algo sobre los que van a ser, ahora ya sin duda alguna, tus compañeros de equipo.

—Es verdad.

—Pues bien. Yo te tenía preparada una sorpresa. Había hablado de ti y me dijeron que si eras tan bueno como yo decía y lograbas más de diez, podías ir a verlos para que te presentase a ellos y pasásemos una tarde juntos.

Ben tuvo que hacer un esfuerzo para dominarse; luego, con voz cortada por la emoción, aventuró:

—¿Les has hablado... de mí?

Ella le miró, con una divertida mueca.

—¿Cómo? ¿Es posible que todo un psicólogo como tú vaya a sentir un complejo de inferioridad ante una presentación?

—No es eso, Wanda...

La muchacha preguntó:

—¿Entonces?

—Nada —sonrió, completamente seguro de sí mismo y notando que todo había pasado—. Ha sido un momento estúpido, de colegial que va a conocer a sus nuevos compañeros de clase. ¿Dónde viven?

—En la Base. Todavía no puedes entrar allí. Deben darte tu pase especial.

—¿Entonces?

—Nos esperan en «Bolero». ¿Conoces ese local?

—No.

—Es uno de los más elegantes de San Antonio. Hoy lo tienen cogido para ellos. Suelen hacerlo cuando desean estar tranquilos.

—No hay nada que no puedan conseguir, ¿verdad?

—Si hay algo, no lo conozco.

Guardaron silencio y poco después el vehículo de la muchacha se detenía ante la elegante entrada del local, donde penetraron, después de que ella explicara al portero que tenían permiso de los «Aguiluchos».

Ben experimentó una sensación rara al penetrar allí. La pista estaba parcialmente iluminada y en ella danzaban sólo dos parejas. Había otras en las mesas, riendo y gritando escandalosamente.

Se acercaron a las mesas.

Al verlos, un silencio molesto se estableció en ellas y los que bailaban se detuvieron, acercándose a los otros.

La orquesta dejó de tocar.

Cuando los dos jóvenes estuvieron ante las mesas, Wanda sonrió, y con voz segura:

—Éste es Ben, nuestro psicoanalista. Acaba de conseguir doce puntos.

Uno de ellos, todos se parecían, pero más fuerte y osado que los demás, se levantó, apoyando las manos en la mesa.

—¡Bienvenido, amigo! Aunque espero que no te necesitemos para nada. ¿Le ofrecemos un trago? —preguntó, riendo, y dirigiéndose a sus amigos.

—¡A lo mejor no bebe! —exclamó otro.

El que había hablado se volvió hacia Flanley y mirándole fijamente:

—¿Cómo has dicho que te llamabas?

—Ben Flanley.

El otro frunció el entrecejo.

—¿Flanley? ¿Dónde demonios he oído ese nombre?

Ben se estremeció, temiendo que recordasen el nombre de Diana y todo se

echase a rodar. Pero la intervención del otro, que llevaba un enorme vaso lleno hasta los bordes de whisky, desvió la atención general.

—¡Bebe esto, «arreglaconciencias»! —dijo, entregándole el vaso.

Ben lo tomó, bebiéndolo de un solo trago, sin que la tos lograse vencerle, ya que no salió de la garganta que le ardía, no obstante.

—¡Bravo por el «lavaproblemas»! —exclamó el que parecía llevar la voz cantante—. Me llamo Nelsen, Walter Nelsen, y soy el jefe-piloto del equipo. ¡Acabas de ser admitido en el mejor grupo de astronautas del mundo! ¡Ya puedes bailar con la doctora! Y procura cumplir, porque no perdonamos debilidades y, menos que nada, cobardías.

—Vamos, Ben...

Ella lo cogió por el brazo, llevándolo hacia la pista, donde empezaron a bailar.

Mientras lo hacía, Flanley fue mirando los rostros, casi idénticos, de los «Aguiluchos».

Uno de ellos era el asesino de Diana. Y su deber era descubrirlo para que el peso de la Ley cayese de lleno sobre él.

¡Si hubiesen sabido el motivo de su presencia allí!

Pronto empezarían a conocerle... aunque entonces sería tarde para uno de ellos: el culpable.

—¿Qué te pasa, Ben? ¿No te gusta bailar o te desagrada hacerlo conmigo?

—¡Perdóname, Wanda!

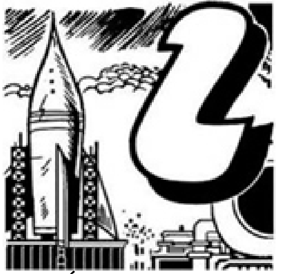
—Eres un tipo muy extraño, Ben.

—Es posible, Wanda. Pero puedes estar segura de que a tu lado estoy mejor que en ningún sitio del mundo.

—¡No empieces de nuevo, doctor!

Ben sonrió, sabiendo que no había nada que hacer con una muchacha tan tozuda; pero su sonrisa se amplió poco después, cuando sintió que la mejilla de Wanda se posaba suavemente contra la suya.

# CAPÍTULO IV



LEGÓ el momento de la partida mucho antes de lo que el mismo Flanley hubiera pensado. Aquellas semanas, ya en el interior de la Base, se dedicó a estudiar a cada uno de los miembros de la expedición, sirviéndose de las fichas psicológicas que habían sido hechas por los doctores del Centro, junto a las anotaciones de su predecesora.

Estaba repasando las fichas aquella tarde —no se cansaba de hacerlo y él sabía por qué—, cuando llamaron a la puerta de su despacho.

—¡Adelante!

La doctora apareció en el umbral,

—¡Wanda! ¡Qué sorpresa!

—No seas cínico. Nos vemos todos los días.

—Sí, pero hacía ya muchas horas que no nos veíamos.

—Bueno, deja eso. ¿No puedes ofrecerme nada de beber?

—Ya sabes. Leche o jugo de frutas. No hay nada más en la Base.

—Lo sé. El equipo, que lleva quince días recluido aquí, está que trina sin alcohol.

—¡Menos mal que algo les sale mal!

—Hablas de ellos como si los odiases.

—No, sabes que no es verdad. Lo que ocurre es que deseo que se comporten normalmente.

—¡Sueños! Anda, dame un jugo de piña.

Él fue hacia la nevera, preparando un jugo para cada uno. Después, ya sentados nuevamente junto al ventanal.

—¿Se sabe algo de la salida?

—Sí. Mañana por la noche: a las doce en punto. Ésa es nuestra hora cero.

—¿Es seguro?

—Completamente. A las diez, una comisión de Washington vendrá a despedirnos, con la Prensa y la Televisión. A las once, la rampa y el campo de lanzamiento deben estar completamente desiertos. Y eso es lo extraño...

—¿Por qué?

—Nunca ha ocurrido hasta ahora. La hora del lanzamiento era la más emocionante, con despedida general, cámaras de Televisión, Cine, Radio, Prensa. ¡Verdaderamente bonito!

—¿Y por qué no lo hacen ahora?

—No lo sé. He leído las instrucciones, en el tablón de anuncios, y, verdaderamente, no lo entiendo.

—Yo tampoco, aunque no tengo derecho a opinar.

—¿Por qué no?

—Porque soy un «novato». No olvides, Wanda, que éste es mi primer viaje al espacio.

—Lo sé... ¿me das un cigarrillo?

—Toma.

Mientras la joven encendía, Ben no pudo evitar una sonrisa. Y ella, que se apercibió, preguntó:

—¿Qué es lo que te hace tanta gracia, doctor?

—Nada. Pensaba en la casualidad de nuestro encuentro, gracias a que el comedor del hotel estaba lleno.

Ella le sonrió a su vez.

«Si supieses —se dijo el joven— en lo que estaba pensando y lo que me ha hecho reír...»

Pero no era aún el momento de decir nada.

Aquella misma tarde, un poco antes de que la totalidad del equipo fuese confinado en el edificio especial, donde las tripulaciones eran concentradas horas antes de la marcha al espacio, Ben tuvo la alegría de recibir un aviso de conferencia, precipitándose a la cabina para oír la chillona y agradable voz de su pariente.

—¿Qué hay, granuja?

—¡Tío Jess!

—El mismo que viste y calza, sobrino. ¿Cómo va eso?

—Bien.

El tío Jess preguntó:

—¿Cuándo salís?

—Esta noche.

—Ya lo sé. Quien tú sabes me ha llamado esta mañana, ¿me entiendes?

—Sí —repuso el joven, comprendiendo que el otro hablaba del Presidente—. ¿Cómo es que te ha llamado?

—Yo también me he extrañado. Ya lo comprenderás. Era algo de lo que menos se espera. Cuando me puse al aparato me temblaban un poco las piernas.

—¿Qué dijo?

—Que estaba menos convencido que nunca de que lograrás lo que te propones. ¡Palabra que tuve que tranquilizarle de nuevo!

—¿Lo lograste?

—Creo que sí. La prueba es que consiente... aunque a regañadientes.

—Entiendo.

—¿Serás prudente?

—No te preocupes por mí, tío Jess: todo saldrá bien.

—¡Ojalá no te equivoques! Lo pasaremos mal si te equivocas... Bueno, hijo mío, pase lo que pase, sabes que tienes aquí al tío Jess, dispuesto a defenderte por encima de todo y contra viento y marea.

—¡Gracias, tío Jess!

—¡Adiós, y mucha suerte, hijo!

—Adiós.

Ben se alejó del teléfono, experimentando, por primera vez desde hacía tiempo, una inquietud que le ganaba por momentos. Hasta aquel momento, se había sentido seguro, decidido y hasta, en el fondo, contento de poder experimentar algo que deseaba comprobar desde hacía mucho tiempo.

Pero ahora, cuando los acontecimientos iban a precipitarse y el instante de actuar estaba ya encima, sentía un temor natural, ya que la misión que se había impuesto era, considerada desde cualquier punto de vista, cien veces superior a las posibilidades de cualquier hombre.

La confianza en sí mismo estuvo a punto de hundirse; pero, finalmente, cuando regresó a su habitación, para preparar sus cosas y dirigirse al sitio donde iban a ser confinados, la imagen de su hermana Diana volvió a aparecer en su mente. Y todas las dificultades se derrumbaron estrepitosamente, naciendo en sus labios una nueva sonrisa de confianza en el triunfo.

—No me empuja ningún espíritu de venganza —se repitió en voz alta—; sólo deseo que se haga justicia, y que ningún hombre, por muchos servicios que rinda a la humanidad, pueda, por eso, considerarse libre para hacer mal.

Momentos después estaba, junto al resto de la tripulación, en el lugar de confinamiento donde debían esperar la hora de la partida.

* * *

—¿Qué tal esa moral, Ben?

—De primera, Wanda. ¿Y tú?

—Yo ya empiezo a estar acostumbrada.

Se hallaban en un salón, con muchas mesas, junto a los «Aguiluchos» que, repartidos, jugaban a las cartas, charlaban o tomaban jugos de frutas junto al aparato de televisión tridimensional.

Ben no podía dejar de mirarlos, uno tras otro, intentando empezar a conocerlos mejor, mucho más que lo que sus correspondientes fichas, que había estudiado a fondo, le habían ayudado a hacerlo.

¡Pero eran tan iguales!

Tuvo que convenir que la ley que dice que los seres de un mismo ambiente llegan a parecerse, era una verdad axiomática. Bastaba que unas criaturas viviesen de la misma manera durante un cierto tiempo que se vieran rodeados por las mismas cosas, que sus misiones vitales fueran semejantes, para que se identificasen unos a otros, hasta hacer difícil su identificación personal.

Esto ocurría con los «Aguiluchos».

Pero, a pesar de su semejanza, del mismo nivel de su presunción estúpida, uno de ellos mató a Diana, llevando su sentido de libertad especial hacia un

límite que pasaba de todo lo concebible.

Los conocía ya a todos: a Walter, el capitán, a Hugh, el copiloto, a Carter Logan, el «radar-manager», a Don Rydeen, el nervioso turbomecánico, y al frío e impasible Carl, el astronauta.

Ninguna gran diferencia podía ser establecida entre ellos, y su semejanza era capaz de desesperar al psicólogo más avezado, sobre todo cuando se deseaba ahondar en sus mentes hasta lograr la confesión espontánea de un delito que, en el fondo del espíritu del culpable, debía de tener poquísima importancia.

Ben recordó, con un estremecimiento, sus propias palabras:

«Como si hubiese pisado con su bota una simple hormiga...»

Momentos antes de las diez, los altavoces de la sala anunciaron la llegada inminente de los representantes de la Prensa, la Televisión y de algunos enviados gubernamentales de Washington.

Entonces, Walter Nelsen, el jefe, abandonó la mesa donde jugaba una partida de cartas con Logan y Rydeen, acercándose a la que ocupaban los dos jóvenes.

—Podéis largaros, científicos —había una sonrisa despectiva en sus labios.

Ben le miró fijamente.

—¿Qué quieres decir, Walter?

—Que os marchéis a una de las salas de al lado. ¿Lo quieres más claro?

—Vamos, Ben —dijo la muchacha, cogiéndole por la manga.

Pero Flanley se desasió y con el mismo tono tranquilo de voz dijo:

—Espera, Wanda. Walter no me ha dicho por qué debemos irnos.

Un brillo de cólera se encendió en las pupilas azules de Nelsen.

—¿Es que ignoras que soy el jefe?

—No. No lo ignoro y estoy dispuesto a obedecerte. Pero no me gusta hacer nada sin saber por qué lo hago.

Walter cerró los puños; luego, dominándose, con la misma sonrisa, cargada aún de más desprecio, contestó:

—Mal empiezas, amiguito. Si crees que el haber obtenido un doce en la calificación te da derecho a tomar esa postura estúpida, te equivocas. Yo soy el que manda aquí y mis órdenes ni se discuten ni se explican.

—Pues no me moveré de aquí.

Nelsen no pudo evitar una sombra de intranquilidad al ver la firmeza de la mirada del otro. De no haber encontrado aquellos ojos, que parecían clavarse en lo hondo de su alma, hubiera desecho la cara de aquel imbécil a puñetazos.

Pero los ojos...

Su sonrisa se amplió un poco.

—Voy a complacerte, por una sola vez. Los de la Prensa y los otros van a venir de aquí a un momento. Y no creo que les interesen un comino los que no pertenecen a la tripulación de la «Star of América». Ellos vienen a vernos a nosotros, a los «Aguiluchos», ¿entiendes? Ya comprenderás que no se molestarían para ver a un médico y a un psicólogo. ¡De eso hay a montones en

cualquier parte!

Ben se puso en pie, sonriendo.

—Ahora todo está claro, Walter. Ni la doctora Haworth ni yo estamos afectos de «narcisismo».

—¿Qué quieres decir?

—Nada que pueda interesarte. Vamos, Wanda.

Nelsen lo fulminó con la mirada, siguiéndolos hasta que penetraron en una de las salitas vecinas, cuya puerta cerró Ben una vez entraron. Luego, sentándose, como ella, en un cómodo sillón exclamó:

—¡Nunca hubiese creído que el engreimiento de esos estúpidos llegase tan lejos!

—No debiste tratarle así, Ben.

—¿Por qué no?

—Porque creo que olvidas, demasiado fácilmente, que vas a pasar mucho tiempo junto a él, en la misma nave donde, lo quieras o no, él será el dueño absoluto.

—Te puedo asegurar, desde ahora, que va a ser el viaje más interesante que has hecho,

—¿Qué insinúas?

—Nada.

—Sigues siendo un hombre muy raro, Ben, Pero estoy convencida de que vas a llevarte un desengaño, si, como psicólogo que eres, crees que podrás dominar a los «Aguiluchos», logrando que se comporten como seres normales, estás en un craso error. No hay nadie que pueda cambiarlos y cuando estemos en el espacio, Nelsen hará lo imposible para sacarse la espina que has clavado en el alto concepto que tiene de sí mismo, haciéndote pasar unos malos momentos. Y puedes estar convencido, desde ahora mismo, que lo conseguirá.

—Ya veremos.

Ella no dijo nada, limitándose a servir unos jugos de frutas.

A través de la puerta les llegaron los ruidos y las voces de los visitantes. Ben imaginó fácilmente la escena, viendo a los «Aguiluchos» pavoneándose delante de las cámaras, sonrientes y dichosos de ser el centro de todas las miradas, la coincidencia de todas las atenciones.

Más tarde, cuando el silencio se hizo de nuevo, al marcharse los visitantes, Walter apareció en la puerta, que abrió con una cierta brutalidad.

—Venid —ordenó.

Obedecieron, pasando nuevamente al salón.

Nelsen se subió sobre una mesa y mirando a sus amigos exclamó, con énfasis:

—¡Aguiluchos! Un nuevo viaje va a empezar y esta vez, como en las anteriores, el equipo de la «Star of América» va a demostrar al mundo nuestra superioridad. Iremos hasta Plutón y seremos los primeros en llegar al límite del Sistema Solar. Yo estoy seguro de todos los miembros de mi equipaje

técnico... en cuanto a los otros —y su mirada se posó sobre el psicólogo—, mejor será que se vayan acostumbrando a nuestra disciplina. Sus servicios, por muy interesantes que ellos los consideren, son secundarios al lado de nuestras importantes misiones respectivas...

Su voz estaba cargada de odio y de desprecio.

Después, volviéndose a los otros, continuó:

—¡Conseguiremos un nuevo triunfo, «Aguiluchos»! Y cuando regresemos, seremos, más que nunca, el equipo más audaz y valeroso de la Tierra.

Sus compañeros lo vitorearon durante largo rato. Más tarde, los altavoces les ordenaron pasar a la astronave. Todo, en el campo de lanzamiento, estaba silencioso y sumido en una oscuridad completa.

Acostumbrados a ser despedidos de una manera mucho más vistosa, los «Aguiluchos» fruncieron el entrecejo.

No se explicaban, y lo comentaron entre ellos, que en aquella ocasión se hubiera hecho tan rara y extraña excepción.

Una vez en la nave, todos se reunieron, como era costumbre, en la sala de mandos, cuyas paredes estaban repletas de raros aparatos.

—El despegue o el lanzamiento, como quieras llamarlo —explicó Wanda al psicólogo—, se hace desde el exterior. Nosotros no ponemos en marcha los motores hasta que hemos salido de la atmósfera —sonrió—. Hay que pasar unos malos momentos, los diez primeros minutos. Luego todo se normaliza, cuando el «gravitón» de la nave se pone en marcha.

—Muy interesante. Procuraré resistir esos malos momentos.

De repente, el altavoz conectado con la radio del Centro gritó:

—¡Atención! ¡Atención! ¡Menos cinco!

Se acercaba el momento.

—¡Menos cuatro!

Ben sintió que sus manos estaban húmedas.

—¡Menos tres!

Las venas de su frente se hincharon y sus ojos adquirieron un brillo metálico de una intensidad creciente.

—¡Menos dos!

Flanley parecía una estatua.

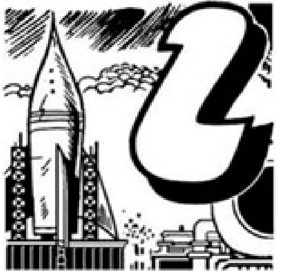
—¡Menos uno!

El silencio, entre aquel segundo, y el siguiente, fue impresionante para todos. Pero Ben, en máxima tensión, estaba muy lejos de experimentar lo mismo que los otros.

—¡Cero!

Un rugido espantoso envolvió la astronave.

## CAPÍTULO V



OS primeros minutos fueron largos, inmensamente largos, empapados todos en el rugido de los cohetes que propulsaban al astronavío hacia el espacio.

Wanda miraba a Ben, notando la extrema palidez del rostro del joven, que tampoco pasó inadvertida para los otros.

Walter, sobre todo, sonrió dichoso.

Le complacía que aquel estúpido sufriese. ¿Qué se había creído?

Todos los intelectuales eran igualmente despreciables y aquél más que ninguno. Para Walter, las cosas estaban clarísimas: a aquel psicólogo se le había subido a la cabeza la notación obtenida en los exámenes y se creía autorizado a considerarse en pie de igualdad con los demás.

¡Estaba arreglado!

Los «Aguiluchos» se encargarían de reducirlo, haciéndole pasar momentos que ni él mismo podría imaginarse.

Wanda sabía aquello —le bastaba mirar el rostro complacido de Nelsen— y le fastidiaba que Ben, no haciéndole caso, hubiese mostrado una actitud tan firme, pero fuera de lugar, ante el jefe del equipo.

Ella había viajado ya una vez y sabía que los «Aguiluchos» no abandonaban en el espacio su posición de superioridad hacia los demás; por el contrario, al encontrarse en su ambiente, no toleraban nada y hacían cuanto podían para amargar la vida de aquellos que intentaban atravesarse en su camino.

Fue una sorpresa para todos, pero sobre todo, para Ben, porque significaba el final de la angustia de aquella fase del viaje, cuando el altavoz de a bordo comunicó que habían salido de la atmósfera terrestre y escapado a la atracción gravitatoria del planeta.

—¡Estamos en el espacio libre, muchachos! —exclamó Walter—. ¡Cada uno a su puesto!

Y mirando a Ben dijo:

—Vosotros podéis bajar a vuestras respectivas cabinas. Y una advertencia: no quiero veros por este piso si no es que se os requiere para algo... ¡Fuera!

Flanley cerró los puños con fuerza.

Pero esta vez obedeció al gesto imperioso de Wanda que, tirándole de la manga, consiguió llevarle a la escalerilla por la que ambos descendieron,

marchando directamente a la cabina de ella.

—Siéntate, Ben. Voy a prepararte algo para beber.

Flanley encendió un cigarrillo.

Luego, la muchacha le entregó el vaso y con voz firme, preguntó:

—¿Por qué no cambias de actitud, cabezota? ¿Es que no te das cuenta de que te vas a hacer la vida imposible?

—¡Ese Walter es un mamarracho!

—De acuerdo; pero me extraña cada vez más que seas un psicólogo avezado. Siempre he oído decir que un psicoanalista ha de ganar, antes que nada, la confianza de sus pacientes... ¡Y tú no estás, precisamente, haciendo mucho por conseguirlo!

—Lo lamento, Wanda. Quizá tengas razón y me haya dejado llevar por la cólera...

—Has de tener cuidado, amigo mío. Y no ser tan testarudo. ¿De dónde demonios eres?

—Tejano, de pies a cabeza.

—¡Debía habérmelo imaginado! Ahora se explica todo.

Rieron los dos.

Luego, la muchacha dijo;

—¿Verdad que lo has pasado un poco mal durante el despegue?

—Sí. Era bastante desagradable; pero, después de todo, no creo haber hecho el ridículo.

—No. Un poco pálido, pero te has portado bien.

—Por lo que veo —dijo él, después de una corta pausa—, debemos estar confinados en esta parte de la astronave hasta que Sus Graciosas Majestades, los Aguiluchos, se complazcan en llamarnos.

—Eso es.

—¿Te ocurrió a ti lo mismo?

—Igual. Por eso, cuando hablamos del viaje, te dije que era bastante aburrido.

—¿No ibas con aquella psicoanalista?

—¡No me hables! Era la mujer de carácter más huraño que he conocido en mi vida. Se encerró en su cabina y no salía más que para comer, la única cosa que hacíamos juntas, en el comedor de la planta inferior. Luego ya no la volvía a ver. ¡Tuve que leerme la mitad de la biblioteca de a bordo, que está aquí, en nuestro piso, ya que los «Aguiluchos» no leen casi nunca!

—¿Y qué hacen durante el viaje?

—Se ocupan de los aparatos de la marcha... y beben.

—¿Eh?

—Lo qué oyes. Ya sé que está prohibido llevar alcohol en las astronaves; pero ¿quién sabría oponerse a un deseo de esos jóvenes? Ellos se las arreglan para introducir en el astronavío bebida más que suficiente para el viaje.

—Comprendo.

Comieron y cenaron juntos, charlando de mil cosas distintas; luego, ella se

despidió, para irse a dormir, ya que seguían el horario ficticio que, de acuerdo con el de la Tierra, organizaba un tanto las jornadas invariables del largo viaje.

—¿Cuánto tardaremos en llegar a Plutón? —inquirió Ben, cuando se despedía de ella, en el pasillo de la planta inferior.

—Unas ocho semanas, más o menos.

El joven sonrió.

—Tendremos que organizar nuestros días de una manera más racional, Wanda. Ya pensaré en ello esta noche. Lo más importante para nosotros es evitar el hastío. Y podremos lograrlo fácilmente sin necesidad, como ellos, de entregarnos a la bebida.

* * *

Al despertar, Ben estaba casi seguro de haber oído unos golpes sobre la puerta de su cabina. El silencio, ahora, parecía demostrarle que debía de haberlo soñado.

Pero los golpes sonaron nuevamente, apremiantes, casi brutales.

—¿Qué ocurre? —inquirió, en voz alta.

—¡Todo el mundo a cubierta! —dijeron al otro lado de la puerta.

—¡Ahora mismo voy!

Se levantó, de un salto, vistiéndose a toda velocidad. Luego, al salir al pasillo, casi tropezó con Wanda, que se dirigía hacia la escalerilla.

—¿Qué ocurre? —inquirió.

—No lo sé —repuso la muchacha—. También Cleveland ha llamado a mi puerta.

—¿El copiloto?

—Sí.

—Le he oído hablar de «cubierta».

—Sí, es el nombre que damos a la sala de mandos. ¡Vamos, deben esperarnos!

Subieron por la escalerilla, penetrando, después de atravesar un corto pasillo, en la sala de mandos.

Los «Aguiluchos» estaban allí.

Wanda notó enseguida que sus rostros estaban serios, con una expresión ensombrecida.

Fue Walter quien rompió el silencio.

—Algo marcha mal en la «Star» — dijo—. Nos vemos forzados a aterrizar en el primer planeta que encontremos.

—¿Marte? —inquirió Ben.

—Marte está en oposición a nosotros, en esta época.

—¿Entonces será Júpiter?

—No lo sé. Carter, el «radar-manager», ha descubierto un punto delante de nosotros. Quizá se trate de un asteroide de la zona intermedia entre Marte y Júpiter. Sea el que sea, nos posaremos en él.

Ben no pudo evitar una sonrisa.

—¿Y para qué se necesita nuestra ayuda?

Walter resopló, mirándolo salvajemente.

—¿Acabaré rompiéndote los morros, psicólogo de pega! Cuando ocurre algo imprevisto en el viaje, debemos comunicarlo a la totalidad de los viajeros... ¡aunque un tipo como tú no lo merece! Ya estáis enterados y podéis volver a vuestro cubil... ¡Fuera de aquí!

Wanda temblaba, porque nunca había visto a Nelsen tan furioso como en aquel momento.

Una vez en la cabina, se encaró decididamente con Ben.

—¿Cuál es tu juego, amigo mío?

—¿Qué quieres decir?

—Francamente, Ben: debes poner tus cartas sobre la mesa, si quieres conservar mi amistad. ¿Por qué te complaces en enfurecer a Nelsen? ¿Estás loco o eres un inconsciente? ¡Podría deshacerte a puñetazos!

—Ya lo sé.

—¿Entonces?

—¡No puedo soportar su arrogancia, Wanda! ¡No puedo tragarle! ¡Le tengo aquí —y señaló su garganta—, y de aquí no pasa!

—Yo tampoco le amo —repuso ella—; pero para eso eres un hombre superior, para saber dominarte. Después de todo, y perdona que te lo recuerde, se te paga para conservar normalmente la moral de la tripulación y no para crear situaciones difíciles.

—Vuelves a tener razón, Wanda. Procuraré calmarme.

—Lo que has de hacer —propuso ella— es no volver a subir más arriba. Subiré yo y diré que no te encuentras bien. Hay que evitar, sea como sea, esos roces que, de seguir aumentando, llegarían a producir una situación insostenible.

—Te obedeceré.

En aquel momento, la sensación desagradable volvió a producirse y Ben palideció una vez más.

—¿Te sientes mal?

—No es nada, Wanda.

—Debemos de estar frenando para aterrizar en ese asteroide.

—Seguramente.

En efecto, todos los síntomas del frenaje se acentuaron hasta que, momentos más tarde, la nave se vio sacudida, quedando luego inmóvil.

—Ya hemos llegado, Ben.

—¿Y qué haremos ahora?

—Voy a subir a verlo. No te muevas de aquí.

—Bien.

La muchacha ascendió ágilmente por la escalerilla, penetrando en la sala de mandos.

Walter, en aquel momento, imprecaba a Don Rydeen, el turbo-mecánico:

—¡Debes arreglar la avería a toda velocidad, Don! No podemos estar aquí mucho tiempo.
—Voy a ponerme a trabajar ahora mismo.
—Bien.
Rydeen salió y el jefe se volvió hacia la doctora.
—No te hemos llamado para nada, Wanda.
Ella le sonrió.
—Perdona, Walter. Pero quería decirte que no hagas caso a Ben. Está nervioso y debes comprender que éste es su primer viaje.
—¿Nervioso? ¿Y es un psicoanalista? ¡Estamos arreglados entonces! Si él no sabe dominarse, ¡poco podemos esperar de su ciencia!
—Se calmará, ya lo verás.
—¡Es un asqueroso cerdo! Y te juro que antes de acabar este viaje, le romperé la crisma... ¡Palabra!
Entonces intervino Collins:
—Oye, Walter.
—¿Qué quieres?
—Estoy extrañado de la presencia de este asteroide en este punto.
—¿Por qué?
El otro señaló los aparatos.
—Porque aquí no podía haber un astro tan grande como éste.
—¿Es muy grande, Cari?
—No lo sé, con seguridad. Pero los datos de gravedad son casi semejantes a los de la Tierra o Marte.
Walter se encogió de hombros.
—Eso no nos importa. No estaremos aquí más que el tiempo que Don tarde en arreglar los motores. ¿Quieres un trago?
Y mirando a la doctora, invitó;
—También tú puedes beber, Wanda.
—Yo prefiero café, si no te molesta.
—Como quieras. Sirve café a la chica, Hugh.
El copiloto obedeció.
Todos tomaron asiento y los «Aguiluchos» se sirvieron grandes vasos de «whisky» sin agua. Estaban acostumbrados a beber y el alcohol no lograba en ellos más que aumentar el brillo de sus ya húmedas pupilas.
Durante cerca de una hora, permanecieron allí, en silencio, bebiendo y fumando...
Hasta que, de repente, con su mono espacial, Rydeen apareció, con una sombra de inquietud en el rostro.
Walter, al verle, se volvió rápidamente hacia él.
—¡Bebe un trago, Don; te lo has ganado! Podemos seguir el viaje, ¿no?
Rydeen bajó la mirada, incapaz de sostener la del otro.
—Yo, Walter...
—¿Qué quieres decir?

—No sé. Debe de haberme pasado algo raro... ¡es horrible!

—¡Quieres acabar de una vez, demonios! ¿Qué pasa?

—Verás... es que es muy difícil explicarlo... Yo, tú lo sabes, conozco los motores de la «Star» mejor que mis propios bolsillos...

—Sí, ya lo sé. Sigue.

—Pues... ahora, cuando he bajado... ¡resulta que no comprendo nada! Es como si fuese la primera vez en mi vida que veo un turbo-motor —su voz se hizo sollozante—. ¡Lo he olvidado todo, Walter! ¡No sé qué hacer!

Nelsen se volvió hacia Wanda:

—¿Es una enfermedad?

—Un caso de amnesia súbita. Tendremos que llamar a Flanley; él sólo puede arreglarlo.

—¡Llámalo por el altavoz!

La muchacha obedeció, y momentos después aparecía Ben, mirando a unos y a otros, sin comprender.

—Explícaselo, Wanda.

Ésta lo hizo, y Ben, que miraba a Don desde que la joven empezó a contarle lo que se pasaba, se acercó a él, cuando ella hubo terminado.

—Ven conmigo a los motores, Rydeen.

—Vamos.

—¡Un momento!

Era Walter el que hablaba y los dos se volvieron hacia él.

Pero Nelsen se acercó al psicólogo, al que dominaba en una cabeza de altura, a pesar de que Ben era alto.

—Escucha, Flanley, no vayas a creerte algo raro en estos momentos, ya que lo que vas a hacer es parte de tu deber, como los demás cumplimos el nuestro. Pero quiero advertirte que de ti depende que salgamos cuanto antes de este astro... ¡y que quiero que te des prisa! Porque si no, mis nervios estallarán y tú no sabes aún hasta dónde puede llegar mi cólera. ¿Entendido?

Ben dijo:

—Perfectamente. Vamos, muchacho.

Volvieron al cabo de media hora.

Ben se acercó al jefe y con voz clara:

—La amnesia de Rydeen es grave, Walter.

Walter preguntó:

—¿Podrás curarla?

—Sí, pero necesitaré unos días.

—¿Cuántos?

Flanley tardó unos segundos en contestar; luego repuso:

—Tres o cuatro.

—Que sean tres y ni uno más. ¿Qué le vas a hacer a Rydeen?

—Un psicoanálisis hasta descubrir el motivo de esta amnesia súbita. Lo haré en su cabina.

—Bien. Pero no olvides que tienes tres días de plazo.

—No lo olvidaré.

Salieron los dos hombres, dirigiéndose a la cabina del turbomecánico, y un silencio profundo cayó sobre la sala de mandos.

Hugh, el copiloto, se acercó distraídamente a uno de los ojos de buey, lanzando una mirada hacia el exterior.

El sol, no muy lejano, empezaba a iluminar una especie de llanura amarilla.

Y, de repente...

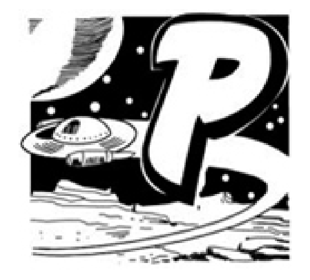
—¡Eh, venid todos aquí!

Corrieron todos, mirando a través de los otros ojos de buey.

Un grupo de hombrecillos, que no debían alcanzar más de treinta centímetros de altura, miraban la nave desde un altozano próximo.

—¡Este asteroide está poblado! —exclamó Wanda con asombro.

## CAPÍTULO VI




ASMADO, Walter se mordió los labios.

—¡Estaría bueno que hubiésemos ido a caer en una Base rusa!

—No lo creo —dijo Hugh—. Fíjate que los enanos no son como los de la Tierra. Además, ¿para qué habrían traído los rusos a esos enanos?

—Puede que tengas razón.

Hubo una larga pausa; luego, Wanda preguntó, preocupada:

—¿Qué vamos a hacer?

Walter se volvió hacia ella, sonriente.

—¿Que qué vamos a hacer? ¡Absolutamente nada! Esperaremos estos tres días y cuando Don pueda arreglar el motor, nos largaremos hacia Plutón.

Durante todo el día, no se separaron casi de los ojos de buey. Los extraños y diminutos habitantes de aquel mundo, se relevaban, yendo y viniendo por grupos, como si toda la población desease ver la nave que se había posado en sus tierras.

Iban casi desnudos, con pantalones cortos de variados colores y una especie de sandalias brillantes.

No se les veía armas.

Al caer la noche, Ben salló de la cabina de Don, presentándose en la sala de mandos.

—¿Cómo va eso?

—Muy lentamente, Walter. Pero avanzaremos enseguida. La fase preparatoria del psicoanálisis es siempre muy pesada.

—No olvides que tenemos prisa.

—Lo sé.

—¿Sabes también que este mundo está habitado?

—Sí. Vi a los hombrecillos desde la cabina de Rydeen: parecen inofensivos.

—Eso nos ha parecido a todos. Pero, al principio, temimos que se tratase de una Base soviética... ¡Hubiésemos estado arreglados!

—Eso es absurdo.

—Mejor es así. Eh, vosotros, ¿comemos?

Se sentaron a la mesa, haciéndolo, por primera vez, todos juntos. Y hasta comieron con excelente apetito.

Pero cuando iban a tomar el café, un ruido extraño sonó en la parte baja de la nave.

—¿Qué es esto? —inquirió Walter.

Nadie le contestó.

El ruido, como el que hace una sierra mecánica, seguía oyéndose y no cesó en toda la noche. Recorrieron el resto de la astronave, no encontrando nada de particular. El ruido era, eso sí, más intenso en el piso inferior; pero, aburridos, volvieron a la sala de mandos.

Ben fue al lado de su paciente.

Ni un solo instante, durante el resto de la noche, dejó de oírse aquel molesto y alucinante ruido, que terminó por poner furioso a todo el mundo. Desde luego y, como se comprende, nadie pensó en irse a dormir y todos permanecieron allí, fumando y bebiendo, sin decirse nada, ya que el ruido interrumpía el hilo de cualquier conversación que se hubiera iniciado.

Al amanecer estaban todos con los rostros pegados a los ojos de buey. Y cuando el sol, asomándose sobre las crestas de las lejanas montañas, cayó sobre la llanura que les rodeaba, Walter, como los demás, lanzó un grito de alarma.

Y no era para menos.

Dos monstruosos animales, especie de tortugas gigantes, pero con un cuello larguísimo, estaban royendo la parte inferior de la astronave, habiendo destrozado ya una gran porción de los timones laterales y algo de la tobera principal.

Quedaron paralizados durante unos buenos instantes.

Después Walter, con el rostro rojo de cólera, gritó:

—¡Malditos bichos! ¡Todos a las armas! Coged los fusiles y cargarlos con balas nucleares! ¡Dispararemos desde la torreta de proa!

Corrieron todos, excepto Wanda, que fue a avisar a Ben.

Momentos después abrían un fuego graneado desde la torreta, dándose cuenta de que, desdichadamente, los proyectiles nucleares no parecían hacer mella en las corazas naturales de aquellos monstruosos animales que, sin dar importancia a los disparos, seguían su labor destructora, como si nada.

—¡Maldición! ¡Terminarán por devorar toda la «Star»!

Mientras tanto los hombrecillos estaban, como el día anterior, sobre una loma próxima.

—¡Mira, Walter! Hoy han traído escudos.

—Pero no llevan ninguna arma.

—Es verdad.

Walter lanzó un rugido.

—¡Ellos son los culpables de todo, ya que estas bestias deben de pertenecerles! ¡Disparemos sobre ellos y así se llevarán a sus animales! ¡Apuntad bien, muchachos!

Tronaron los rifles.

Pero los hombrecillos, demostrando unas aptitudes verdaderamente

maravillosas, paraban cada proyectil, con una habilidad extraordinaria, sirviéndose de sus escudos.

—¡Es imposible! —exclamó Logan, aterrado.

Walter preguntó:

—¿El qué?

—¿Es que no te das cuenta, Walter? ¡Están parando las balas!

—¡Ya lo veo! ¿O me crees tonto?

—No es eso, Nelsen... ¡es que si paran las balas... es que las ven! ¿Comprendes ahora?

—¡Es para volverse loco! ¿Cómo es posible que vean las balas a la velocidad que van?

—Pues deben verlas.

Ben llegó en ese instante.

—¿Qué ocurre?

Carter Logan se lo explicó, y el psicólogo, después de mirar a los animales y a los hombrecillos, dijo:

—No hay más que una solución.

—¿Cuál? —inquirió Nelsen.

—Hablar con ellos. Hay que convencerles de que somos amigos y que no les deseamos ningún mal.

Walter lanzó una carcajada con tono desagradable.

—¿Hablar con esos macacos? ¿Para qué?

—Ya sé que son unos despreciables macacos —repuso Flanley—. Y lo serían más si las balas de tus armas los tumbasen. Pero, al demostrarnos que son más fuertes que nosotros, debemos entablar negociaciones con ellos... ¿No crees que sería una hábil maniobra, Walter?

—Es posible; pero... ¿quién irá a hablar con ellos?

—Yo —repuso Ben.

Le miraron son sorpresa, sobre todo Wanda.

Y Nelsen, con una sonrisa, contestó:

—Es posible que acabes siendo un buen chico. Bien. Puedes ir. Ponte un traje espacial y acércate a ellos. Te cubriremos desde aquí.

Ben preguntó:

—¿Cubrirme? ¿Para qué, Walter?

—Es verdad.

—Tampoco es necesario que vista un traje espacial. Cari puede decirte que las condiciones atmosféricas de este mundo son semejantes a las de la Tierra.

—¿Es verdad, Collins?

—Sí —repuso el astronauta.

Ben se dirigió hacia la compuerta de salida. Y cuando se disponía a abrirla, Wanda, que estaba a su lado, llamó:

—Ben...

Se volvió a ella, sonriéndola.

—¿Qué quieres?

—Ten mucho cuidado... Estoy verdaderamente orgullosa de ti.

—Gracias, pequeña. Tendré cuidado. No temas nada.

Abrió la pesada puerta, ayudado por dos «Aguiluchos», saliendo al exterior por la rampa que había surgido en aquel momento.

Precipitándose a los ojos de buey, los otros le vieron alejarse hacia el altozano donde estaban los hombrecillos.

El fatídico ruido que hacían las mandíbulas de las tortugas al destrozar el metal de la astronave no cesaba ni un segundo.

Ben, tal como observaban, se detuvo cerca de los hombrecillos y le vieron gesticular, haciendo ademanes que, poco después, contestaban los otros. El curioso diálogo se prolongó casi durante una hora entera. Poco después, antes de que Ben regresase a la nave, uno de los hombrecillos corrió hacia las «tortugas», golpeando sus cabezas con el escudo.

—¡Lo ha conseguido! —exclamó Wanda, con lágrimas en los ojos.

Poco después, Flanley volvía a penetrar en la astronave, siendo recibido por todos. Juntos se dirigieron a la sala de mandos.

—¿Qué ha pasado? —inquirió Walter.

—Ha sido difícil hacerles entender que no queremos más que arreglar la nave e irnos.

—¿Les has convencido?

—Creo que sí. Pero ponen una condición.

—¿Cuál? —se amoscó Walter.

—No temas —sonrió Ben—. Se trata de una invitación. Quieren que vayamos a su ciudad, así, al menos, la han llamado.

—¡No haremos tal cosa! Tenemos que quedarnos aquí... ¿O es que vamos a ser tan idiotas como para fiarnos de esos enanos?

—No hay otra salida, Walter. Y cree que lo siento.

—¿Qué quieres decir?

—Que me han dicho, muy claramente, sin lugar a dudas, que debemos admitir la invitación. Si no aceptamos, las «tortugas» volverán a su trabajo...

—Pero...

—No creo que tengamos que temer nada de ellos.

—¡Pareces muy seguro de ello!

—Y lo estoy. Si hubiesen querido hacernos daño, hubieran dejado a esos animales que devorasen las partes importantes y vitales del «Star». ¡Y entonces sí que hubiésemos estado apañados!

Hubo una pausa; después, Walter accedió:

—Está bien. Aceptamos esa invitación. ¿Y qué harás con Don?

—Me lo llevaré. Hay que dejar la astronave cerrada.

—Me parece lo mejor.

* * *

Flanley no se había equivocado al decir que el nombre de «ciudad» no debía convenir al lugar donde los hombrecillos habitaban. En realidad, vivían

en casuchas, de tamaño ridículo, construidas con barro y cañas, donde nadie podía entrar por su exigua entrada.

Conducidos por el grupo que había salido a recibirlos, llegaron a una explanada rodeada de cabañitas, tomando asiento sobre unas piedras, iguales a las que utilizaban los hombrecillos, pero que éstos habían reunido en grupos más grandes para que sus invitados gigantes pudieran ocuparlas con comodidad relativa.

Los enanos hablaban un lenguaje silbante, y todos ellos, como pudieron comprobar, estaban excesivamente gordos, con gibosidades que formaban en sus brazos y piernas una especie de anillos movibles y flácidos.

Ben parecía el único capaz de entenderse con ellos y, sirviéndose de una especie de ágil mímica, les comprendía casi a la perfección.

Nada más llegar a la «ciudad», un grupo avanzó hacia ellos, escoltando a un enano que era, sin duda alguna, el más gordo de todos. Tanto lo estaba, que para moverse casi se arrastraba, teniendo que apoyarse en los hombros de los que le acompañaban.

Ben «habló» con él y después, volviéndose a sus compañeros, dijo:

—Es el rey. Se llama algo así como Strabuz. Está muy contento de tenernos aquí y se honrará en invitarnos a unas fiestas que precederán a la comida.

Fue entonces cuando Collins, que llevaba un enorme saco, se acercó a Walter.

—¿Les damos esto ahora, Nelsen?

—Sí.

—¿De qué se trata? —inquirió Ben.

Walter soltó una carcajada.

—¡He pensado en todo, amiguito! No vayas a creer que eres tú solo el que tiene ideas. Pensando que nos iban a invitar, no he querido que crean que no deseábamos corresponder. Y les he traído, como obsequio, unas cuantas botellas de «whisky».

Flanley frunció el entrecejo.

—¿No crees que puede ser contraproducente?

—¿Por qué?

—Porque esta gente no ha probado jamás el alcohol y podría sentarles mal... hasta enloquecerlos.

—¡Mejor que mejor! Así nos dejarán tranquilos. Cuando hayan cogido un buen «tablón», se quedarán dormidos. Y entonces...

Un brillo de inquietud lució en los ojos de Flanley.

—¿Y entonces qué... Walter?

—¡Ya lo verás! Fíjate, por el momento, que no llegan a un centenar... ¡Si no hubiese sido por sus malditos escudos!

Ben no dijo nada, hablando con el rey, que admitió encantado las botellas, prometiéndole al joven que las beberían durante la comida.

—Ahora van a iniciar la fiesta —tradujo Ben.

Se había formado un corro, dejando un espacio abierto en medio. Luego, cuando la noche había caído y los hombrecillos encendieron fogatas por todas partes, que iluminaban todo con una claridad rojiza y movediza, dos de ellos salieron al centró. Iban armados con dos largos puñales.

—¡Muchachos! —aulló Nelsen—. ¿Es que no os esperabais algo así? ¡Vamos a pasarlo bien!

A un gesto del rey, los dos contendientes se lanzaron furiosamente uno contra otro, luchando briosamente.

—Luchan bien —dijo Logan.

—Sí —admitió Nelsen—; pero ¿qué tiempo nos duraría uno de esos muñecos a uno de nosotros?

Los otros «Aguiluchos» prorrumpieron en carcajadas.

Wanda, al lado de Flanley, estaba aterrorizada y procuraba no mirar a los luchadores.

—Todo esto es muy desagradable, Ben —musitó al oído del joven.

—No hay más remedio que resistirlo, Wanda. Pero, si te molesta, cierra los ojos y no mires.

El combate se hacía cada vez más encarnizado.

Los dos contendientes mostraban ya heridas, y la sangre corría por sus grasosas pieles, dejando sus huellas rojizas en el suelo.

Finalmente, uno de ellos perdió el equilibrio, tropezó y cayó. Su adversario, sin darle respiro ni oportunidad, aprovechó la ocasión, hundiendo su puñal en la espalda del caído que, después de estremecerse agónicamente, quedó inmóvil.

Un rugido de triunfo brotó de la multitud.

Casi enseguida, y sin que el vencedor abandonase el terreno, salieron siete más, repartiéndose en parejas, correspondiendo un nuevo enemigo al que acababa de vencer.

Walter y sus hombres, que también habían llevado algunas botellas para ellos, habían empezado a beber y eran los que más gritaban y aclamaban cuando caía uno de los hombrecillos. Incluso Don les imitaba y parecía haber olvidado su problema por completo.

La arena estaba ya roja de sangre...

Wanda, con el rostro protegido por el hombro de Ben, meditaba tristemente, suspirando de vez en cuando.

—No te preocupes —le dijo Ben—. Pronto acabará todo esto.

Pero se equivocaba.

Ocho parejas más se formaron, ya que no había habido superviviente alguno en el combate precedente.

Y la lucha siguió, cada vez más salvaje.

A medida que los cuerpos caían atravesados por los puntiagudos puñales, otros enanos los recogían, sacándolos apresuradamente del círculo donde el combate proseguía.

—¡Esto es fantástico! —gritó Nelsen, con los ojos brillantes por el

ambiente de violencia y los efectos del alcohol.

Los otros lanzaban exclamaciones semejantes, animando a los luchadores.

Pero cuando el último cayó y su cadáver fue retirado, junto al del vencedor que, estando en pésimo estado, fue rematado allí mismo, Walter se acercó a Ben.

—¡Oye, «limpiaconciencias»!

Ben preguntó:

—¿Qué quieres?

—Di al rey que uno de nosotros va a combatir contra tres de esos enanitos... pero sin puñal. Quiero demostrarle a ese reyezuelo lo que podemos hacer con ellos.

—¿No crees que...?

Walter le interrumpió:

—¡Cierra el pico ya, pájaro de mal agüero! Y no olvides que tenemos una cuentecita pendiente O me obedeces, o tú y yo vamos a dar un espectáculo especial a estos macacos.

Ben suspiró.

—Como quieras.

Explicó al rey lo que Nelsen proponía, y el otro le contestó con una sonrisa en los labios.

También sonreía Ben cuando volvió hacia Nelsen.

—¿Qué ha dicho —preguntó éste.

—Que acepta. Pero el combate tiene que ser en pie de igualdad: un hombrecillo contra un «Aguilucho».

Walter lanzó un rugido.

—¡Eso es un insulto, una ofensa!

—Creo que no tendrás más remedio que aceptar. No olvides que son órdenes reales.

Nelsen se mordió los labios; después, con una sonrisa, repuso:

—Sí, acataré las reales órdenes. ¡Y voy a ser yo quien pelee con uno de esos macacos! Ahora que, se enfade o no, voy a tirárselo al rey. Para que empiece a conocer y a respetar a los «Aguiluchos». Dile que ya puede preparar a uno de sus macacos.

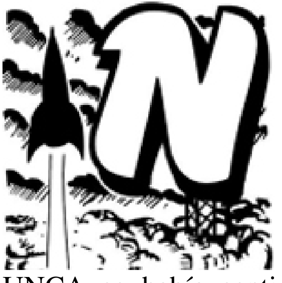
—Bien.

Momentos más tarde, Nelsen, con el tórax al aire, imponente y gigantesco, vio llegar a uno de aquellos hombrecillos, sin armas, con su taparrabos y sus sandalias brillantes.

Ambos miraron al rey.

Y en aquel momento el monarca hizo el convenido gesto para que la lucha comenzase.

## CAPÍTULO VII



UNCA se había sentido Walter más seguro de sí. Aunque en el fondo, percatándose de la desigualdad del combate, estaba encolerizado contra el monarca, que, enfrentándole con un solo enano, le ponía positivamente en ridículo.

Claro que la única cosa que calmaba su furia era el pensar que cuando lograse echar mano a aquel ridículo hombrecillo, completamente cargado de grasa, lo lanzaría, después de voltearlo sobre su cabeza, encima del rey, para que éste empezase a comprender que no se podía jugar así como así con los invencibles «Aguiluchos».

Miró al enano, que se iba acercando a él, con una sonrisa de conmiseración; después, deseando terminar de una vez, se inclinó, alargando uno de sus fornidos brazos.

Pero entonces sucedió lo inesperado.

El enano saltó bruscamente, proyectándose como un minúsculo proyectil que, pasando entre los brazos de Nelsen, chocó, con la cabeza, contra el estómago de éste, que lanzó un rugido de dolor, quedando sentado en el suelo por efecto del golpe.

Un rugido de entusiasmo brotó de las gargantas de los minúsculos espectadores.

Los «Aguiluchos» también gritaron, animando a su jefe.

Walter se puso enseguida en pie. Estaba furioso consigo mismo y consideraba que se había confiado demasiado; pero, en el fondo, continuaba estando archiseguro de su victoria.

Ahora, con mucho más cuidado, se acercó a su diminuto contrincante, mirándole con un odio terrible.

Durante unos segundos, ambos contendientes estuvieron mirándose el uno al otro, como si buscasen mutuamente sus puntos débiles. Walter hizo unas fintas con los brazos y, de repente, lanzó su pierna derecha, calzada con una bota que le llegaba hasta el muslo, contra el enano.

Todo el mundo se percató de que aquel golpe no podía fallar y que, al mismo tiempo, significaría el final del combate, ya que el hombrecillo no podría resistir un golpe como el que iba a recibir.

Por anticipado, los «Aguiluchos» lanzaron su grito de victoria.

Pero no ocurrió lo que esperaban.

Sabiendo que no podía evitar el pie de su colosal enemigo, el enano se retiró, no obstante, de forma a cogerse a la bota de Walter, ya que no podía evitarla, viéndose elevado con una fuerza prodigiosa en una trayectoria que, normalmente, debía de haber terminado junto al suelo, cuando el pie golpease al hombrecillo.

Mas no ocurrió así.

Impelida por su propia fuerza, la pierna de Walter se elevó, viendo incrementada su marcha por el peso del enano que formaba una especie de prolongación de la pierna, aumentando el valor de la fuerza centrífuga.

La pierna subió como la de ciertas bailarinas del «can-can» francés. Y el jefe de los «Aguiluchos» no pudo, lógicamente, detener aquella alocada trayectoria, que terminó con su propio equilibrio, lanzándolo una vez más al suelo.

Esta vez el golpe fue tremendo.

Tampoco el enano salió bien parado, aunque recibió un encontronazo mucho menos violento que el de su adversario. Levantándose antes que Nelsen, se acercó al sitio donde estaba el monarca, ante el que se inclinó en una graciosa reverencia.

Walter también se puso en pie.

Cojeando, se acercó al rey; pero, recordando que no le entendería, llamó con un gesto al psicólogo, que, obediente, fue hacia allí.

—¿Qué quieres, Walter?

Walter ordenó:

—Di a este tipejo que su microbio no ha luchado lealmente, y que no puede decir que me ha vencido. Además, ha interrumpido el combate sin consultarme.

—Bien.

Flanley comunicó al reyezuelo lo que el otro le ordenaba decir. El rey escuchó atentamente las quejas del psicólogo y habló después, ayudándose con gestos.

—¿Qué dice? —inquirió Nelsen, con colérica impaciencia.

—Que tienes toda la razón y que te autoriza a hacer de tu contrincante lo que desees.

—¿Eso ha dicho?

—Sí. Ha agregado, además, que le agradaría que lo matases ahora mismo.

—¿Matarle?

—Eso es.

Walter se volvió para mirar con ojos incrédulos al rey, justo en el momento que éste le alargaba uno de los famosos puñales, que ya conocía el «Aguilucho».

Lo tomó de las manos del monarca.

Después, tras unos instantes de vacilación, volvió el rostro hacia su adversario de hacía unos instantes que, inmóvil, como una minúscula estatua,

estaba a su lado.

—¿No crees, Ben, que esto es una trampa, y que en cuanto mate a este bicharraco se lanzarán sobre nosotros?

Ben explicó:

—Yo creo que el rey no hará eso. A menos que no desees matar al hombrecillo.

Nelsen sonrió.

—¿Por quién me has tomado? ¿Acaso por una mujerzuela? ¿O crees que los «Aguiluchos» no sabemos hundir un cuchillo? ¡Mira!

Y, uniendo el gesto a la palabra, atravesó la garganta del enano, que se desplomó, estremeciéndose.

Una aclamación unánime coreó el acto del «Aguilucho», que, sonriente, volvió junto a sus amigos.

También volvió Ben, después de oír al rey que la comida iba a ser preparada y servida dentro de pocos instantes.

Flanley se dejó caer junto a Wanda.

—¡No puedo más, Ben! —exclamó la muchacha, cuya palidez estaba muy cerca de lo cerúleo—. ¡Walter no tiene entrañas!

—Los «Aguiluchos» son gente dura, pequeña.

Wanda preguntó:

—¿Y esos enanos asquerosos? ¿Cómo es posible que desprecien la vida de esa manera? Además, el que acaba de morir era el vencedor.

—Quizá el rey haya querido satisfacer a Walter, que, después de todo, forma parte de los invitados. ¿No crees que el monarca conoce el deber de un buen anfitrión?

—¡Por lo que más quieras, Ben; no hables así! Tú eres, hasta ahora, lo único humano que tengo a mi lado. Haz el favor, por lo menos, de que no me considere completamente sola... entre gente como ésta.

—Perdona, Wanda...

—¡Aquí llega la comida! —gritó uno de los «Aguiluchos».

En efecto, unos enanos, llevando de dos en dos grandes platos humeantes, cubiertos con hojas de árbol, se acercaban al lugar que ocupaba el rey. Éste, antes de que los porteadores llegasen, hizo un gesto a Ben, que acudió presuroso.

—Di a ese que ha luchado hace poco que venga conmigo. Quiero que coma a mi lado y que sea el invitado de honor.

Flanley le transmitió lo que el monarca acababa de decirle, y Nelsen abombó el pecho, sonriendo a los demás.

—¡Ya lo veis, amigos! El rey ha terminado por darse cuenta de que somos verdaderamente importantes.

Fue junto al reyezuelo y se sentó a su lado; pero, recordando a Flanley, gritó:

—¡Eh, Ben! ¡Acércate aquí! Te voy a necesitar como intérprete.

—Voy.

—¿Y yo?

Se volvió hacia ella.

—Ven conmigo, Wanda.

Dudó la muchacha; pero, finalmente, se dejó convencer, yendo a sentarse en las cercanías del rey y Walter, junto a Flanley.

Fue entonces cuando las hojas que cubrían los platos fueron quitadas.

Wanda lanzó un grito alucinante, cayendo, sin sentido, en los brazos de Ben. En cuanto a los «Aguiluchos», se pusieron pálidos como el papel.

Porque debajo de las hojas había unos repugnantes trozos de carne cruda, procedente, sin duda alguna de las tortugas que acababan de matar.

Pasados los primeros instantes, pero aún pálido, Walter miró al psicólogo, sin atreverse a fijar sus ojos en los platos que tenía delante.

—Dile que jamás comeremos eso.

Ben transmitió sus palabras.

Lanzó el monarca un chillido agudo y, a los pocos instantes, un grupo de enanos, llevando cinco enormes tortugas, aparecieron cerca de allí.

—Comunica a tu amigo —dijo el monarca— que si desprecia mi comida, vuestro aparato será devorado por los «houks» sin que podáis hacer nada por evitarlo.

Flanley habló con Walter.

Éste, con una palidez aún mayor, y la frente perlada en sudor frío, hizo gestos para dominar las náuseas.

—No es posible, amigo Flanley —musitó, hablando de aquella manera, por vez primera, a Ben.

Flanley, que había dejado el cuerpo de Wanda junto a él, estando ella aún desmayada, sonrió.

—No tenemos más remedio.

Y levantándose, se dirigió a los otros «Aguiluchos»:

—¡Ya lo acabáis de oír, muchachos! Si no comemos esto, las tortugas se comerán al «Star». Sé que no es agradable, pero podéis cerrar los ojos y hacer de tripas corazón... como yo. ¡Mirad!

Y cogiendo uno de los cuchillos, cortó uno de los repugnantes trozos de carne cruda, devorándolo glotonamente.

* * *

Amanecía...

Lamentándose, gimiendo, los «Aguiluchos» yacían por el suelo, lejos del lugar de la fiesta. También se había alejado Ben, llevando el cuerpo inmóvil de Wanda en los brazos.

Ahora, el fresco del alba reavivaba a la joven.

—Ben...

Ben preguntó, intranquilo:

—¿Qué hay, querida?

—¿Qué ha pasado, Ben?

—Nada importante. Algunas indigestiones; pero, en el fondo...

—¡No sigas, por favor!

—Como quieras. Ya verás, cuando te incorpores, que todo el mundo anda por el suelo. Los «Aguiluchos» enfermos, y los enanos borrachos como cubas.

—¿Por qué no regresamos a la astronave?

—Podía ser una idea, pero no puedo dejar aquí a los demás, Wanda. Lo comprendes, ¿verdad?

—Sí, pero yo no me siento nada bien.

—¿Quieres que te acompañe al «Star»?

—¿Lo quieres tú?

—Sí. Allí estarás mejor. Además, si todo va bien, volveremos todos pronto y haremos lo posible por reparar los motores.

Se incorporó la muchacha, ayudada por Flanley, y juntos recorrieron el camino que el día anterior hicieron con los enanos.

Una vez hubo dejado a Wanda en su cabina y prometido que sería prudente, Ben regresó al campamento.

Los enanos estaban en el suelo, completamente ebrios. En cuanto a los «Aguiluchos», algunos de ellos, entre los que estaba Walter, se tenían difícilmente en pie.

Se acercó a ellos.

Pero, tanto Nelsen como los otros, al verle llegar, retrocedieron, horrorizados.

Walter gritó:

—¡Quédate ahí, Flanley! ¡No te acerques más o tendremos que matarte!

Ben se percató entonces que todos ellos llevaban puñales de los enanos.

—Pero ¿qué demonios os pasa?

—¡No te acerques ni un paso más! Eres como una rata, Flanley: como una asquerosa rata que es capaz de devorar cadáveres.

—¿Es que vosotros no comisteis, como yo?

—¡Cállate! —aulló Don, que se incorporaba en aquel momento.

—Está bien. ¿Qué vais a hacer ahora? ¿Por qué habéis cogido esos cuchillos?

—¿Que qué vamos a hacer? ¡Matar a estos enanos hasta que no quede uno solo con vida! ¿Para qué creíste, imbécil, que trajimos el «whisky»? Sabíamos que no lo resistirían y que así estarían a nuestra merced. ¡Lástima que hayamos tenido tanto que padecer!

—¡La culpa es suya! —aulló Logan—. ¡Debió convencer al rey que no podíamos comer aquello!

—Es muy posible que tengas razón —repuso Walter—, y que este puerco convenciese al monarca de que tuviéramos que probar aquello... Por desgracia, te necesitamos, Flanley, para que hagas recordar a Rydeen lo que ha olvidado. Si no...

Ben no dijo nada, y encogiéndose de hombros, se alejó un poco de allí, ya

que no se creía completamente seguro.

—¿Vamos? —inquirió Hugh.

—¡Adelante! —ordenó Nelsen—. ¡Cuanto antes acabemos, mejor!

Y empezó la horrible matanza.

Ponían en cada golpe toda la cólera, la rabia, el odio y la repugnancia que alimentaban sus almas. Así, dando tajos a diestro y siniestro, hundiendo los cuchillos en certeros golpes, trabajaron durante más de una hora, hasta que con los trajes rojos de sangre, como los matarifes, volvieron, no lejos de donde se hallaba Flanley, sentándose, cayendo, mejor dicho, extenuados en el suelo.

—¡Puedes comértelos todos, puerco! —aulló Walter.

Ben fumaba en silencio un cigarrillo, y no contestó.

La planicie ofrecía un aspecto fantástico, que le hizo recordar aquellas hecatombes del imperio romano, cuando el sacrificio masivo de siervos o prisioneros alcanzaba dimensiones de escalofriante genocidio.

Vio levantarse a Don, que se alejó de sus compañeros, llamándolos después:

—¡Eh, muchachos! ¡Aquí hay un hermoso arroyo! ¿No os parece que debíamos bañarnos y asearnos un poco?

Todos se levantaron, dirigiéndose hacia donde estaba el otro. El lugar descubierto por Rydeen era verdaderamente una delicia y parecía haberlos alejado definitivamente del espectáculo horrible de la llanura.

Un amplio valle frondoso y un arroyo de aguas claras, que se precipitaba sobre rocas cubiertas de musgo. Al otro lado, islotes con una vegetación exuberante y, al fondo, un espeso bosque.

—¡Qué bonito es esto! —exclamó Logan.

—Sí —repuso Walter—, pero creo que debemos dejarnos de sentimentalismos, sobre todo con el aspecto que tenemos. ¡Al agua, muchachos!

Se desnudaron, lavándose a placer. La temperatura era agradable y todos siguieron la iniciativa de Collins, lavando la ropa y dejándola para que se secase —el sol subía por el horizonte, calentando ya fuerte— sobre las rocas lavadas por el agua.

Luego se durmieron al sol.

Al despertar se dieron cuenta de que el astro del día estaba ya en su cénit y de que la ropa se había secado por completo.

Se vistieron.

Estaban de excelente humor, y después de encender sendos cigarrillos, Walter, con una sonrisa en los labios, invitó:

—¿Y si regresásemos al «Star», amigos?

—¡Estupendo!

—¡Ya tengo ganas de estar en la astronave!

—¡Y yo también!

Pero, en aquel momento, Nelsen, que miraba hacia la otra orilla, hizo un

gesto imperioso con la mano, reclamando silencio.

Luego, con un hilo de voz, musitó:

—Volveos, muchachos, pero muy despacio y sin ruido.

Marchando por el otro lado, cinco jóvenes, perfectamente visibles desde allí, se dirigían hacia la izquierda. Eran singularmente hermosas, y los largos velos que las cubrían dejaban transparentar sus cuerpos perfectos.

Se quedaron mudos.

Ellas, que acababan de verles, rieron, señalándolos, charlando entre sí. Y fue al volverse hacia los jóvenes astronautas cuando éstos se percataron de que las muchachas llevaban los rostros tapados, a usanza árabe.

—¿No estaremos soñando? —inquirió Hugh, rompiendo el silencio que sólo rompía las argentinas risas de las muchachas.

—No, no soñamos —repuso Walter.

—¡Son como ninfas!

—¿De dónde diablos habrán salido?

—No lo sé —repuso el jefe—, pero voy a averiguarlo.

Y corrió, atravesando el arroyo, seguido inmediatamente por sus hombres. Como a una señal convenida, las jóvenes echaron a correr hacia el bosque, separándose y tomando cada una dirección distinta.

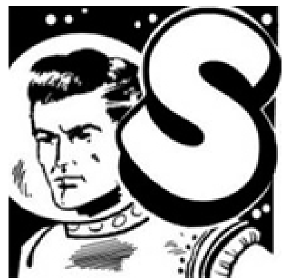
Los «Aguiluchos» se detuvieron un instante, sorprendidos por aquella reacción.

Pero Walter, soltando una estentórea carcajada, exclamó:

—¡Amigos! ¡A la caza! ¡Que cada uno siga a la suya! Luego regresaremos aquí con ellas... ¡Adelante!

Y se lanzaron, corriendo como locos, detrás de las muchachas.

## CAPÍTULO VIII



EGURO de que los otros no dejarían que se acercase a ellos, Ben se dirigió lentamente a la astronave. Estaba cansado.

Cuando penetró en el navío espacial, utilizando la puerta lateral, que se abría desde fuera, merced a un ingenioso sistema electrónico, oyó la voz de Wanda que, desde el salón del primer piso, preguntaba quién acababa de llegar.

—¿Quién es?

—Soy yo, Ben.

—Sube, estoy en el salón de arriba.

Lo hizo, encontrando a la muchacha sentada en uno de los sillones. No tuvo más que mirarla para darse cuenta de que seguía padeciendo un estado de excitación que no tardaría mucho en producir una depresión desagradable.

—Lo estás pasando mal, ¿verdad? —inquirió al cabo de unos instantes.

Sentándose frente a ella, encendió un cigarrillo, mirándola con simpatía.

—Esto es espantoso, Ben... ¿Qué hemos hecho para merecerlo? Y... ¿en qué horrible mundo nos encontramos?

—No lo sé. Yo no conozco el espacio, ya que es la primera vez que salgo de la Tierra; pero, según lo que ha dicho Collins, que es el astronauta de la partida, debemos encontrarnos en un asteroide del sistema que hay entre Marte y Júpiter.

—En verdad, Ben, no me importan las precisiones. ¡Lo que deseo es salir de aquí lo antes posible! ¿Dónde están los «Aguiluchos»?

—No lo sé. Se alejaron, según creo, para tomar un baño después de...

Se interrumpió, deseando evitar a la muchacha la descripción de lo que los astronautas habían hecho con los enanos.

Pero ella, mirándole fijamente, preguntó:

—¿Ha ocurrido algo raro?

—No.

—¿Qué puede haber más horrible que lo que vi en aquella bandeja? ¡Dios mío!

Ben dijo:

—Olvídalo.

—No podré olvidarlo nunca. ¿Qué pasó esta mañana, Ben?

Y como el muchacho se encogiese de hombros, como restándole importancia,

—Cuéntamelo. Debo saberlo todo.

—Está bien. Los «Aguiluchos» habían emborrachado a los enanos, y ellos tampoco estaban sobrios, que digamos. Acuchillaron a todos.

—¿Han matado a los enanos?

—Eso dije, Wanda.

—Es posible que me creas cruel, Ben. Pero te digo que es la primera cosa que aprecio en los «Aguiluchos». ¡Esos hombrecillos son lo más cruel y despiadado que he conocido en mi vida!

—Quizá tengas razón.

Hubo una pausa; después, ella preguntó:

—¿Crees que volverán pronto?

—Es posible. ¿Por qué?

—Porque debías decir a Walter que te confíe a Don. ¡Es necesario que arregle los motores y nos vayamos de aquí! Además, lo más lógico sería volver a la Tierra.

—¿Lo deseas?

—¡Con toda mi alma! Y te voy a decir algo más: si alguna vez tengo la suerte de posarme con esta astronave en las Bases de Tejas, será para salir corriendo hacia las oficinas y presentar mi dimisión de una manera irrevocable.

Ben no pudo evitar un esbozo de sonrisa.

—¿Vas a abandonar las AFS, Wanda?

—¡Inmediatamente! He comprendido en este viaje que el lugar de una mujer no es éste. Yo tenía mucha afición a los viajes espaciales, y esperaba, ¿por qué no decir la verdad?, recibir un poco del reflejo de la gloria que los «Aguiluchos» recibiesen con sus triunfos y conquistas. Pero desde que he llegado aquí, mi manera de pensar ha cambiado como de la noche al día. Ahora me doy cuenta de que el hombre no está aún preparado para esto. Hemos corrido mucho en la Tierra. Impedidos por la estúpida carrera que desde mediados de siglo se inició con el lanzamiento del primer Sputnik, no hemos pensado más que en ir más lejos que los rusos, alcanzar más triunfos que ellos, sin darnos cuenta de que en el cosmos hay cosas que aún no podemos comprender...

—Hablas muy razonadamente.

—No lo creas, Ben —rió la muchacha—: es el pánico, el temor, el miedo y la ignorancia de todo lo que me hace hablar así. Porque comprendo que somos aún niños a los que se les ha entregado un juguete demasiado complejo para sus inexpertas manos.

—Creo que exageras...

—¿De verdad?

—Sí. El hombre no se arredró jamás ante los peligros que podían presentarse en el camino de sus deseos. Recuerda, Wanda, que Colón se

embarcó en Palos con muchas dudas respecto a la verdadera geografía de la Tierra.

Encendió otro cigarrillo; luego prosiguió:

—No, Wanda. Ninguna clase de peligro u horror detendrá al hombre. Pero hay otras cosas tan importantes como éstas que...

Una voz, que provenía de la parte de abajo, cortó su frase:

—¿Quién anda por ahí?

Ben se levantó, yendo hasta el paso de la escalerilla. Asomándose al hueco, vio que Logan estaba abajo.

—¡Hola, Logan!

El «radar-manager» frunció el entrecejo, como si le desagradase la sola aparición del psicólogo. Pero, dominándose, preguntó:

—¿Wanda está contigo?

—Sí.

—Voy a subir.

Previniendo el asco que todos ellos sentían por él, y deseando evitar escenas desagradables, Ben se hizo a un lado. El otro entró, yendo a sentarse al lado de la muchacha.

—¿Cómo va eso, Wanda? —preguntó, con una sonrisa.

Wanda dijo:

—Estoy mucho mejor, Carter. ¿Y los demás?

La sonrisa se abrió aún más en el rostro del «Aguilucho».

—¡Ha sido verdaderamente fantástico! Cuando nos bañábamos, vimos un grupo de muchachas encantadoras y las seguimos. Tuvimos que atravesar un pequeño bosque. ¿A que no adivinas lo que había al otro lado?

—No.

—¡Una ciudad! Una ciudad mucho más grande que San Antonio, con edificios fantásticos y ¡habitada por los enanos!

—¿Eh? —intervino Flanley.

—Lo que oyes. No estoy muy seguro, pero me apostaría alguna cosa que los enanos son los maridos de las muchachas que hay en la ciudad. ¡Y las hay a centenares! Cuesta convencerse que esas muchachas hermosas puedan ser las parejas de los hombrecillos.

—¿Y lo son... realmente? —inquirió Wanda.

—No podría decírtelo —miró a Flanley—. Por eso hemos venido a buscaros. Walter está completamente convencido de que las mujeres de esa ciudad, al revés de los hombres están muy adelantadas. Hemos visto por las calles equipos femeninos con aparatos muy complejos. Y nuestro jefe piensa que esas muchachas podrían ayudarnos, de una manera rápida y efectiva, a arreglar los motores de la «Star».

—¡Ojalá sea verdad! —suspiró la joven.

Logan, mirándole con fijeza, se dirigió a Flanley:

—Tú eres el único que has aprendido la manera de hablar a los enanos. Y Nelsen quiere que vayas a hacer de intérprete.

—Está bien.

Logan torció el gesto, con una mueca de desagrado; después, con voz dura, dijo:

—No creas que nos agrada que vuelvas con nosotros, Flanley. La verdad es que nos das asco; pero, por el momento, tenemos que soportarte.

—¿Eso es una amenaza?

—¡Tómalo como quieras!

Wanda miró sucesivamente a uno y otro hombre.

Después preguntó:

—¿Qué es lo que ocurre? ¿No podéis decirme lo que ha pasado para que estéis todos contra Ben?

—Eso no importa ahora —intervino rápidamente Ben, dispuesto a impedir, fuera como fuese, que el otro hablase de la «comida».

Y poniéndose decididamente en pie, invitó:

—¿Vamos?

Le imitaron los otros, abandonando juntos la astronave. Carter les guió hacia el bosque, evitando pasar por el lugar donde habían sido acuchillados los hombrecillos.

Cuando salieron del bosque, Wanda lanzó una exclamación de asombro al contemplar la ciudad que, en verdad, era magnifica, con altos edificios y calles amplias, por las que —aquél era un detalle verdaderamente curioso— no circulaba ninguna clase de vehículo.

También pudo percatarse Wanda de que Logan no había exagerado al juzgar la belleza de las muchachas, que era, en realidad, extraordinaria. Todas ellas iban vestidas con tules y gasas, lo que ponía una anacrónica nota oriental en medio de los edificios modernos de la ciudad.

También se veían enanos, no muchos. Pero éstos, además de ir vestidos y no como los otros que ya conocían, se movían por la calzada, dejando las amplias aceras para el exclusivo uso de las mujeres.

El aspecto sumiso de los varones y su condición secundaria, que se veía claramente, hizo comprender a Wanda el secreto de aquella ciudad.

Y, volviéndose a Flanley, que iba a su derecha:

—¿No crees, Ben, que esta gente se rige por una especie de matriarcado?

—Es muy posible.

Y Flanley, después de un corto silencio, dirigiéndose a Logan.

—¿Dónde están los otros?

—Un poco más allá. Se quedaron en una plaza, delante de un edificio majestuoso.

—Lo que más me extraña —intervino Wanda— es que no nos miren siquiera, como si encontrasen normal nuestra presencia.

—Eso nos ocurrió también a nosotros —dijo el «radar-manager»—; pero, en realidad, entramos en la ciudad acompañados por las muchachas, a las que conseguimos dar caza y que reían como locas, extraordinariamente divertidas.

Había en la expresión del «Aguilucho» un algo que no escapó a Ben, quien

adivinó, sin esfuerzo alguno, que los astronautas se sentían infinitamente superiores a los enanos y que aquella diferencia notable entre ellos era lo que les hacía experimentar un orgullo masculino ante las habitantes de aquella ciudad.

«Están tan pagados de sí mismos —pensó—, que no hay una sola ocasión en la que no se sientan naturalmente superiores a cuanto les rodea...»

No tardaron en llegar a la plaza de la que había hablado Logan. Y, en efecto, ante un edificio colosal, de una arquitectura tan atrevida como armónica, estaban los otros.

Todos torcieron el gesto al ver a Flanley, dejando ver con toda claridad sus sentimientos de desagrado hacia el psicólogo. Pero, como evidentemente le necesitaban, fue el propio jefe en persona quien se acercó a ellos, antes que los demás.

—Quiero que hables con estas muchachas, Ben. Estoy seguro de que nos van a ayudar muchísimo.

—Bien. ¿Con quién he de hablar?

—Espera un momento. Hace unos instantes había una muchacha aquí, con nosotros, una de las que perseguimos desde el arroyo. No creo que tarde en salir... ¡Mira, aquí viene!

En efecto, una joven salía del edificio, dirigiéndose hacia ellos. Había dejado caer el velo que cubría su rostro, extraordinariamente bonito.

Siguiendo las instrucciones de Nelsen, Flanley empezó a hablar con ella, utilizando aquel lenguaje chillón, pero nada desagradable, que se hacía aún más armonioso en la boca de la muchacha.

—¿Qué te ha dicho?

—Que están muy contentas de tenernos aquí como visitantes. Que comprenden que venimos de otro mundo y que nos agradecen el haber matado a los enanos del bosque.

—¡Arrea!

—Sí. Me ha dicho que esos hombrecillos eran rebeldes, escapados de la ciudad, huyendo del régimen de matriarcado que aquí reina. Además, has de saber que fabrican sintéticamente sus alimentos, ya que el planeta ha perdido todo lo que podía considerarse como comestible. He ahí la explicación de que los rebeldes, para subsistir, tuviesen que devorarse los unos a los otros.

—¡Pero estaban condenados a la extinción! —exclamó Wanda.

—Sí —repuso Flanley—. Aunque, de vez en cuando, robaban a las mujeres que, perdiendo toda prudencia, se alejaban de la ciudad. Ése es el motivo de que, en el primer momento, al veros, desde lejos, huyesen las que visteis al otro lado del arroyo.

—Bien —repuso Nelsen—. Pregúntale ahora si podían arreglarnos los motores de la astronave, que es lo que nos interesa más... aunque nos quedaremos un poco en su amable compañía.

Flanley habló con la muchacha.

Y después le explicó:

—Dice que conocen mucho de la técnica de las astronaves, ya que ellas poseen aparatos espaciales y viajan a los mundos vecinos, que deben ser los satélites de este planeta.

—¡Qué suerte!

—Pero también ha dicho que hay tiempo, y que antes de arreglar los motores del «Star», tenemos que ser presentados a la reina, que desea dar una fiesta en nuestro honor.

—Dile que nos complace mucho esa idea. Y, además, recuérdale que no hemos comido desde casi hace dos días, y que desearíamos hacerlo aquí o enviar a alguien a por provisiones a la astronave.

—La muchacha dice —dijo Ben, después de haberle explicado todo— que no hace falta que mandes por comida: ella va a proporcionarnos cuanta necesitemos. Y, conociendo nuestras aventuras con los rebeldes, ha aclarado que la comida, en la ciudad es deliciosa.

—¡Calla, puerco! —estalló Nelsen—. ¡No me recuerdes aquello! Además, ¿crees por un momento que voy a dejar que te sientes a nuestra mesa?

Ben no dijo nada y miró a Wanda.

La muchacha le miraba con simpatía y comprensión.

Unos minutos más tarde, después de haber penetrado en el edificio, que resultó ser el Palacio Real, fueron conducidos a un salón elegante, donde unas deliciosas muchachas estaban sirviendo la mesa.

El menú, como pudieron comprobar, estaba formado por frutos exóticos, pero de aspecto agradable.

Nelsen se volvió a Ben:

—Di que te lleven a otro sitio, lo más lejos posible de aquí. Cuando hayas terminado de comer, puedes volver, pero no entres hasta que yo te lo ordene.

—Bien.

—¡Espera, Ben! ¡Voy contigo!

Flanley se volvió, viendo que la muchacha se acercaba a él.

—No hace falta que te molestes, Wanda...

Pero ella no le hizo caso; se volvió, con las mejillas encendidas y los ojos brillantes hacia el jefe de los astronautas y exclamó:

—¡Le tratas como a un perro, Walter! ¡Pero es él quien ha hecho posible nuestra existencia en este planeta! ¿Quién evitó que las tortugas devorasen la astronave entera? ¿Quién salió, valientemente, a hablar con los hombrecillos? ¿Quién hizo posible que nos entendiésemos con ellos? ¿Quién manejó a su rey como a un muñeco? ¿Quién, finalmente, va a hacer posible que nuestra astronave sea arreglada?

—¡Cállate, Wanda! —rugió Nelsen.

—¡No quiero callarme! ¡Estoy harta de vuestra presunción estúpida! Si Flanley fuese de otra manera, un poco como vosotros, hubiese explicado a estas muchachas la clase de «pájaros» que sois... ¡«Aguiluchos»! La vanidad se os ha subido a la cabeza y no sois más que un grupo de necios, de

incapaces, de estúpidos, que, reunidos no lográis tener un gramo de cerebro entre todos juntos.

Walter estaba rojo de cólera.

—¡Tú sí que eres estúpida, doctora! ¿Quieres saber por qué no queremos tenerlo a nuestro lado...?

Ben se estremeció.

—¡Sí, quiero saberlo!

—Está bien —y Nelsen sonrió ferozmente—: tu querido protegido fue el único de nosotros que comió carne de tortuga... ¿Te das cuenta ahora del asco que nos da el tenerlo a nuestro lado? ¿Crees que podríamos probar bocado viéndole comer?

—Quédate, Wanda —suplicó Flanley.

Pero tampoco ella le escuchó entonces. Y ni siquiera se volvió hacia él, siguiendo con la mirada fija en Walter.

—Debía haberme imaginado algo así —dijo, con voz dura—. ¡Y comprendo perfectamente que lo hizo para evitar una catástrofe! Porque es mucho más hombre que vosotros, que os faltó poco para desmayaros, como me sucedió a mí...

Sus ojos estaban arrasados de lágrimas.

—¡A mí no me da asco! Por eso voy a ir con él. Porque prefiero sentirme mal a su lado, pensando en lo que tuvo que hacer para salvarnos, que no estar aquí, junto a vosotros, dándome cuenta de que bajo vuestro aspecto de hombres no hay más que vanidad y cabezas huecas... ¡Vamos, Ben!

Lo cogió del brazo, siguiendo a la muchacha que los guiaba.

Flanley no despegó los labios hasta que estuvieron sentados, en una pequeña salita donde, después de servirlos amablemente, la muchacha los dejó solos.

Ben tuvo que vencer la emoción que le dominaba. La defensa que Wanda había hecho de él, ante el omnipotente jefe de los «Aguiluchos», le había dejado estupefacto.

—Has sido muy buena conmigo —pudo decir, al fin.

Ella sonrió.

—Come, Ben. Y no te preocupes: tengo un estómago estupendo.

—No quisiera proporcionarte ninguna cosa desagradable, Wanda. Y si deseas que vaya a comer a otra parte...

—¡Cállate, tonto! Y dejemos de hablar. Estas cosas tienen un aspecto agradable, y ahora que me he descargado con Nelsen, encuentro que tengo un apetito voraz.

Ambos rieron alegremente.

# CAPÍTULO IX



STABAN terminando de comer cuando una muchacha se presentó, hablando rápidamente con Flanley. Éste le contestó y ella abandonó después la salita.

—¿Qué quería? —inquirió Wanda, mordida por la curiosidad.

—La reina desea hablarme.

Wanda se extrañó:

—¿A ti?

—Sí.

—¡Bien! Quizá sea para esa recepción que quieren darnos.

—Es muy posible.

Habían terminado de comer y encendieron sendos cigarrillos; luego, el joven psicólogo dijo:

—Voy a ver a Su Graciosa Majestad. Volveré enseguida. Espérame aquí

—No tardes mucho.

—No.

Regresó diez minutos más tarde, sonriendo.

—Todo arreglado —dijo, sentándose al lado de la muchacha—. La fiesta se dará esta noche, y sólo los «Aguiluchos» serán invitados.

Wanda frunció el entrecejo.

—¿Y nosotros, Ben?

—Nosotros estamos invitados... a otra cosa. Pasearemos tranquilamente por unos jardines. A menos que prefieras ir con ellos.

Wanda rió:

—¡Qué tonto eres! A veces, Ben, no sé cómo te dieron el título de psicólogo.

—Una verdadera casualidad —rió él—. ¿Vamos a comunicar la noticia a los otros?

—Como quieras.

Los «Aguiluchos» habían terminado de comer y reían, gritando como energúmenos. Un grupo de deliciosas muchachas estaban sentadas con ellos y también reían, divertidas y halagadas por los jóvenes.

Nelsen frunció el entrecejo al verlos y un silencio súbito se hizo.

—¡Te dije que llamases antes de entrar! —rugió el jefe de los «Aguiluchos».

—Lo he hecho —repuso el psicólogo—. Pero no me habéis oído. La reina me ha llamado y he hablado con ella.

—¿Sin llevarme a mí? ¿Quién te has creído que eres?

—Me llamó a mí solo... Era para decirme que la invitación a la fiesta era para esta noche. Y que sólo estabais invitados vosotros.

Walter sonrió.

—¡Naturalmente! Veo que Su Majestad sabe lo que hace... Y vosotros, ¿qué vais a hacer?

—Pasear un poco por ahí.

—¿Y si te necesitase para hablar con la reina?

—No hará falta. Ella conoce nuestra lengua...

—¿Eh?

—Sí. Me hizo hablar ante una máquina... Yo tenía un casco en la cabeza y ella otro. Bastaron cinco minutos para que todo mi inglés pasase a su mente.

—¡Muy curioso! ¡Mejor que mejor! Así diré que haga conmigo, enseñándome su propia lengua... ¿Es bonita?

—Muchísimo. Ha dicho que, después de la cena, una muchacha vendrá a buscaros para llevaros a su presencia.

—¡Perfecto! Lo único que hemos echado de menos es el «whisky». Voy a mandar a Rydeen a por una buena provisión a la nave.

Ben no dijo nada, esperando que Walter hablase. Y como éste no despegaba los labios, preguntó:

—¿Necesitas algo más?

—¡Nada! ¡Puedes irte al infierno! —y mirando a Wanda, con una sonrisa despectiva en los labios—. Me extraña tu elección, Wanda: siempre creí que eras una muchacha inteligente.

Wanda le fulminó con la mirada; después, cogiendo el brazo de Ben, apremió:

—Vamos.

Y salieron del local.

Walter soltó una carcajada.

—¡Vaya pareja, ¿eh? ¡Ya nos libraremos de ellos! Pasaremos aquí una buena temporada, pero que no sueñen volver a la Tierra... ¡No podría soportar el olor que despide ese cerdo, ni a mil millas de distancia!

* * *

Walter no envió solo a Don, sino que Logan le acompañó y volvieron con una carga impresionante de botellas de «whisky».

—¡Hay que alegrar la noche, muchachos! ¡Ya veréis cómo nos divertimos en la recepción de la reina! Aunque no hace falta que os diga que con muchachas como éstas la vida parece un Paraíso.

Cenaron, consumiendo casi la mitad de las botellas que habían traído de la astronave. Aquellas horas parecieron despertar en ellos multitud de recuerdos.

—Como si estuviésemos en Tejas, ¿verdad? —inquirió Don.

—Igual. Aunque allí no hay tantas chicas bonitas como aquí.

Las que los servían reían alegremente, y ellos, para demostrar que eran hombres excepcionales, hicieron una serie de ejercicios acrobáticos, despertando el entusiasmo en las muchachas.

—Cuando pienso —observó Rydeen— que estas preciosidades están condenadas a tener unos maridos como esos enanos.

Walter sonrió.

—¡Por eso nos miran con esta especie de veneración! En realidad, han tenido suerte de que fuésemos nosotros los que hemos llegado aquí. Porque si en vez de la «Star», llega aquí una de esas viejas naves cargadas de sabios miopes y esqueléticos...

La carcajada se hizo general.

—Por algo nos han elegido a nosotros para navegar en el espacio —opinó Hugh—. ¡No vayáis a imaginaros que el Presidente y el Gobierno son tontos! Saben lo que hacen, y al enviarnos estaban seguros de que los habitantes de otros mundos, si los hubiésemos encontrado antes, o estos de ahora, es igual, tendrían una imagen optimista de lo que son los humanos.

—Tienes razón —repuso Walter—. Los «Aguiluchos» son los representantes de una humanidad especial, de los que están llamados a ser los jefes del mundo. Sí, porque llegará un día en que la Tierra y todo lo que ésta haya conquistado estará dividido en dos clases completamente distintas: los «Aguiluchos», ocupando los puestos de mando y responsabilidad, y los otros, que realizarán los trabajos pesados y las labores indignas de los superiores.

Logan levantó la copa:

—¡Porque ese mundo maravilloso de Walter llegue cuanto antes!

Todos brindaron.

Los ojos de Nelsen brillaban intensamente.

—¡Ese mundo llegará porque lo impondremos nosotros, por la fuerza, demostrando nuestra superioridad a los demás! ¡Somos una raza elegida, unos hombres especiales! Y no debemos estar sometidos a hombres que, como ese asqueroso psicólogo, se fía de su repugnante inteligencia para avasallarnos. ¡No necesitamos inteligencia, porque nuestro coraje suple todo lo que ella pudiera proporcionarnos...!

«Además, los hombres como Flanley estarán trabajando para nosotros, y sus cerebros darán, por la fuerza, todo el fruto que nosotros, necesitemos para ser los dueños del universo...

Iba a seguir, pero una muchacha apareció en el dintel, dando unas palmadas.

Salieron precipitadamente las que hasta entonces habían acompañado a los «Aguiluchos», y la recién llegada, acercándose a la mesa, dijo;

—La reina desea veros.

Se levantaron, siguiendo a la joven, que, después de hacerles atravesar un enorme salón de colosales dimensiones, les hizo pasar por un pasillo que desembocaba en un jardín. Los «Aguiluchos» apenas si podían tenerse en pie,

pero no habían olvidado las botellas, que llevaban cogidas por el cuello y que, de vez en cuando, se llevaban a los labios.

—¿Dónde está la reina? —inquirió Walter.

—La encontrarán al final de este sendero...

Nelsen la miró con curiosidad, frunciendo el entrecejo.

—¿También has aprendido tú nuestra lengua, preciosa?

—Sí.

—¡Esto es estupendo! Oye, monada... ¿y sólo está la reina allí? Mis amigos, quieren divertirse también.

—Ella me ha dicho que fuesen todos allá. Nada más,

—Está bien, está bien. Creo que tendremos que enseñar los colmillos a esa linda majestad, muchachos... Están acostumbradas a mandar y eso del matriarcado no va con nosotros. En fin, ya se lo haremos ver esta misma noche.

Tomaron el camino que la muchacha, que ya había desaparecido, les había señalado.

Iban cantando, cogidos del brazo, como lo habían hecho miles de veces, en los descansos, cuando recorrían Tejas en sus poderosos automóviles, sin respetar nada ni a nadie.

Los bordes de la senda se fueron modificando, a medida que avanzaban. Hasta que, de repente, Don señaló hacia la izquierda.

—¡Eh, fijaos! ¡Una carretera!

Se veía, en efecto, a lo lejos, el brillo del asfalto, iluminado casi constantemente por los potentes faros de los coches que, tanto en uno como en otro sentido, pasaban a gran velocidad.

Siguieron avanzando.

Ahora atravesaban un bosquecillo, junto a un camino.

Cleveland se detuvo, mirando a su alrededor con sus ojos llorosos por los efectos del alcohol.

—¿No os recuerda nada esto?

—No —repuso Walter, encogiéndose de hombros.

Una luz, semejante a la luna de la Tierra, iluminó bruscamente el lugar. Y, al mismo tiempo, sin que ninguno de ellos se diese cuenta, la imagen de una muchacha apareció a su lado.

Iba vestida con una falda a cuadros y una blusa azul. Morena, con hermosos y grandes ojos zarcos, sonreía, con un gesto delicioso y lleno de simpatía.

Los «Aguiluchos» se detuvieron, como frenados en seco.

—¡No! —gritó Don.

—¡Calla! —rugió Walter, avanzando hacia la muchacha, con paso inseguro—. ¿Qué haces aquí?

Pero ella seguía sonriendo, como si no corriese prisa contestar a la pregunta que acababan de hacerle.

* * *

Los jardines estaban establecidos en forma de pisos, por terrazas. Sobre una de ellas, los dos jóvenes caminaban el uno junto al otro.

—Hermosa noche —dijo Wanda.

—Sí. Hay y hubo muchas como ésta, pequeña. Pero no es buena para ciertas cosas.

—¿Qué quieres decir? Esta noche, Ben, te noto bien extraño.

—¡No me hagas mucho caso!

—Como quieras.

Siguieron caminando, sin hablar, dejándose cautivar por la noche estrellada. Hasta que, bruscamente, una luz lunar surgió sobre ellos.

La muchacha miró hacia el cielo, sin descubrir lo que esperaba; un satélite como el de la Tierra.

Pero no vio nada.

—¿De dónde viene esta luz, Ben?

—No lo sé. Deben producirla con algún aparato.

Fue entonces cuando la muchacha se acercó al borde de la terraza. Y volviéndose hacia Flanley, exclamó:

—¡Mira, Ben!

—¿Qué hay?

Se acercó a la balaustrada.

—¡Son los «Aguiluchos»! —exclamó ella.

En efecto.

Cantando, del brazo, los cinco jóvenes marchaban por un sendero cuidado. Hasta que se detuvieron y uno de ellos gritó algo. Después, bruscamente, una muchacha apareció ante ellos.

—¡Fíjate, Ben! Una mujer vestida a usanza de la Tierra!

Flanley no dijo nada.

Wanda siguió mirándola; luego, con voz emocionada, dijo:

—¡Qué linda es! ¡Casi una niña!

—Sí...

Ella se volvió, mirándole con fijeza.

En seguida notó la palidez que cubría la cara del psicólogo.

—¿Qué te ocurre?

El joven sonrió con una mueca de tristeza:

—Nada... no es nada; de verdad, Wanda.

—¿Qué hace esa muchacha aquí, Ben?

—No lo sé.

—Es muy extraño todo esto... Nunca pude imaginarme que las habitantes de esta ciudad tuviesen ropa nuestra. ¿No la habrán cogido de la astronave? Aunque ¡qué tonta soy! Nunca tuve un conjunto como el que lleva esa muchacha.

De repente, el silencio que se había hecho se desgarró brutalmente con una

carcajada siniestra de Walter, que resonó, multiplicándose en mil ecos, por el jardín...

* * *

La risa de Nelsen terminó en cascada histérica. Pero no expresaba, ni mucho menos, su alegría, sino que, por el contrario, era como la válvula de escape de su furia.

—¿Qué haces aquí? —repitió, mirando a la muchacha con los ojos inyectados en sangre.

—Estoy con vosotros...

La voz de la joven estaba cargada de placidez, y su dulzura no dejaba de impresionar a Wanda, que, desde un sitio privilegiado, estaba siguiendo asombrada el desarrollo de aquella fantástica escena.

—...¿es que no lo recuerdas, Walter?

Nelsen pasó la mano por su frente.

—Sí, lo recuerdo. Pero no lo comprendo.

Ella rió, juvenil, deliciosa...

—¡Tienes muy mala memoria, Walter!

Y Rydeen, rugiendo, de una forma horrible, apremió:

—¡Vámonos, Walter! ¡Vámonos de aquí!

—¡Calla!

La voz de Nelsen era como un latigazo.

Hubo unos segundos de silencio; luego, el jefe de los «Aguiluchos» continuó:

—Entonces... ¿no pasó nada, pequeña?

Ella sonrió.

—¿Qué quieres decir?

—No ha pasado nada, Walter... tiene que pasar.

—Eso lo sabes tú mejor que yo.

Don se acercó a Nelsen. Tenía el rostro descompuesto, y su palidez rayaba ya en lo cadavérico.

—Te lo suplico, Walter... vayámonos de aquí: ¿No te das cuenta de que esto es imposible?

Volviéndose con rapidez vertiginosa, Walter le golpeó, derribándolo en el suelo.

—¡Te he dicho que te calles, cobarde!

Rydeen, tirado en el suelo, lloriqueaba:

—¡Vámonos, Walter! ¡Todo esto es como una pesadilla!

Pero Nelsen, encarándose con la joven, preguntó:

—¿Quieres decirme, de una vez, qué es lo que quieres?

—¿Yo? Nada, Walter... espero que tú lo digas. Tú eres el jefe: un valiente «Aguilucho»... ¿no se te ocurre nada?

Walter mostró los dientes, como un perro de presa.

—Quieres reírte de nosotros, como aquella noche, ¿verdad? ¡No he

olvidado lo que nos dijiste! Nos trataste de fatuos, de incapaces, dijiste que no teníamos más que postura...

—¡Buena memoria, Walter! ¿y crees que no sería capaz de repetirlo ahora?

—¿A pesar... de todo?

—A pesar de todo, Walter.

Nelsen sonrió.

—No lo creo. Debes estar temblando de miedo. Porque tú, en el fondo dijiste aquello no creyendo de lo que éramos capaces.

Hubo una pausa.

Después, la voz de la muchacha se escuchó clara y diáfana:

—Sois unos necios, Walter... unos hombres despreciables, unos seres débiles, con una falsa coraza que cualquiera, por poco inteligente que sea, puede destrozar...

Walter se volvió a Rydeen:

—¿La oyes, Don?

—¡Vámonos, Walter! ¡Por piedad!

—¡Calla! Ella ha vuelto, no sé cómo... aunque, después de todo, nada importa. Y ella, ¿entiendes?, ha insultado otra vez a los «Aguiluchos», a los que han de ser los dueños del mundo.

—¡Por piedad, Walter!

—¡Ponte en pie!

El otro obedeció, temblando.

—Vamos a hacer lo mismo que hicimos la otra vez. ¡Mil veces que apareciese lo haríamos! ¡Somos «Aguiluchos»! Y nadie, ni una mujer, puede insultarnos sin recibir su merecido.

—Por favor, Walter...

—¡Saca el cuchillo, Don! Lo haremos igual... Yo sé que, de todos los de mi equipo, tú eres el único cobarde. Tienes, no sé por qué, los nervios destrozados. ¡Por algo olvidaste el mecanismo de nuestros motores!

—Te lo suplico, Walter...

—¡Saca tu cuchillo!

Pálido, Don obedeció, poniéndose trabajosamente en pie. Tenía en la mano un largo puñal, de hoja triangular.

Una sonrisa, cargada de crueldad, había aparecido en los labios de Nelsen.

—Lo haremos de la misma forma —dijo—. Tú colocarás el puñal en el pecho de esta estúpida... ¡Así aprenderá! ¡Vosotros, sujetadla!

Los otros se apresuraron a obedecer.

Don, temblando de pies a cabeza, colocó el puñal sobre el pecho de la muchacha, a la altura del corazón.

—¿Querías que repitiésemos esto, verdad, muñeca? ¡Pues ahí lo tienes!

Y empujó el arma, hundiéndola hasta la empuñadura.

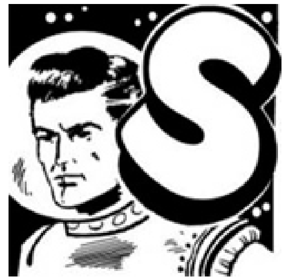
Wanda, en la terraza, se volvió, echándose en los brazos de Ben.

—¡No puedo más!

—Está bien.

Ben, levantando la mano derecha, mientras sus ojos adquirían un brillo metálico, hizo un gesto, uno solo.

## CAPÍTULO X




E miraron los unos a los otros con una extrañeza tremenda.

Sólo Flanley sonreía, con un asomo de tristeza.

Walter echó una mirada a Cleveland:

—¿Qué esperamos, Hugh?

—La orden del despegue... El reloj no ha empezado a marcar.

Don, cuya palidez era siempre intensa, balbuceó:

—En...ton...ces...

Nelsen le fulminó con la mirada:

—¿Qué te ocurre, Don?

—Nada; es que me parecía como si hubiésemos estado en...

—¿Dónde? ¿Te has vuelto loco?

Hugh seguía mirando los relojes, frunciendo el entrecejo; luego, volviéndose hacia el jefe, llamó:

—Walter.

—¿Qué pasa?

—Tardan mucho. ¿Por qué no llamamos a la Base?

—Sí, creo que es lo mejor.

Entonces se escuchó la voz serena de Flanley:

—No, no hace falta.

—¿Eh? —aulló Nelsen—. ¿Qué pintas tú aquí...?

Pero Flanley, sin hacer caso, se acercó a la puerta que comunicaba con la cabina vecina. Y abriéndola, sonrió:

—Ya pueden salir, señores.

Dos hombres, miembros del gobierno, aparecieron. Y los «Aguiluchos» los miraron, con los ojos desmesuradamente abiertos, como si viesen visiones.

—¿Qué significa, esto? —inquirió Walter—. ¿Qué demonios hacen aquí? ¿Es que no se dan cuenta de que vamos a despegar de un momento a otro?

Uno de ellos se acercó a él.

—Esta nave no despegará, Walter.

—¿Por qué?

El otro, el que estaba detrás, había sacado una pistola.

—No se muevan, por favor. Todos ustedes, «Aguiluchos», están detenidos.

Si hubiese explotado una bomba allí en medio no hubiese surtido un efecto

tan grande.

—¿Detenidos? ¿Nosotros? ¿Por qué?

La voz de Nelsen tronaba, cargada de cólera.

—Por asesinato —dijo el hombre, con tranquilidad—. Por el asesinato de Diana Flanley, la hermana del profesor Flanley, aquí presente.

Todas las miradas se volvieron hacia el psicólogo.

—¡Era su hermana, Walter! —aulló Don—. ¿Te das cuenta? ¡Su hermana!

—No comprendo.

—¿Es que no recuerdas nada, Walter?

—Nada.

Ben hizo un gesto.

Y, en aquel momento, en todas las mentes, excepto en la de Rydeen, cuya supersensibilidad le había hecho recordar todo, surgieron las imágenes de lo que había pasado.

Los rostros expresaron el terror y la sorpresa que aquello les causaba.

Pero no tuvieron tiempo de reaccionar.

Un grupo de agentes federales penetró en la astronave y el ruido de las esposas, al cerrarse sobre las muñecas, fue lo único que se oyó en la sala de mandos.

—Vamos, Wanda...

La joven, intensamente pálida, le siguió mansamente.

Una vez fuera de la «Star», alguien gritó al joven:

—¡Eh, estoy aquí, Ben!

Flanley sonrió.

—Vamos, querida. Voy a presentarte a tío Jess.

Momentos después, en el coche de Jess, los dos jóvenes salían del Campo de las AFS, alejándose hacia el norte, hacia las propiedades de la familia Flanley, en uno de los más hermosos rincones de Tejas.

Durante el viaje, apenas si hablaron. Después, cuando llegaron al rancho de tío Jess, Wanda tuvo que admirar, por la fuerza, la belleza del panorama que se mostraba a sus ojos.

Una vez dentro de la casa señorial, en el «living» enorme y junto a la chimenea de piedra, Jess sonrió.

—Todo salió bien, ¿eh, perillán?

—Sí, tío.

Wanda fumaba, en silencio.

—No creí que te salieses con la tuya, de verdad. En realidad, no entiendo mucho de todo eso que tú estudias. Fuera del ganado y del petróleo, poco sabe tío Jess. Pero he de quitarme el sombrero ante ti, sobrino... ¡Lo has conseguido! El Presidente debe estar satisfecho.

Wanda miró a Ben, a través de sus largas pestañas.

—Todavía estoy hecha un lío, Ben.

El joven se volvió hacia ella; después, acercando una silla;

—Sé que te debo una explicación, querida... Yo...

—¡Bueno! —intervino tío Jess—. Os dejo aquí y diré que vayan preparando la cena. Yo, después de todo, no entendería ni una palabra de lo que vais a contaros. ¡Hasta luego!

—Adiós, tío Jess.

Hubo una pausa; después el joven explicó:

—Verás, Wanda: yo, como debes imaginar, al enterarme de que Diana había sido asesinada, quise que la Justicia castigase al o a los culpables. Todo ello me llevó a San Antonio, donde, como ya sabes, conseguí entrar en las AFS. Entre tanto, tío Jess estaba en Washington para ver al Presidente.

Wanda preguntó:

—¿Qué tiene que ver el Presidente con todo esto?

—Era fundamental obtener de él un permiso para que la «Star» permaneciese en la pista de lanzamiento durante una hora. Era todo lo que yo necesitaba.

—Lo comprendo... Y ¿cómo lo lograste?

—Hipnotismo.

—Sí, pero...

—Ya comprendo. En Saint Louis logramos aunar el hipnotismo y la telepatía. Eso facilitó mi labor. Después, cuando logré hipnotizarlos, haciendo creer a los «Aguiluchos» que el reloj de a bordo contaba, que la nave se alejaba de la Tierra, ya había conseguido mi más importante propósito.

—¡Parece imposible!

—Yo ya había forjado un plan y lo puse en marcha. Primero me interesaba herir la vanidad de los «Aguiluchos», pero de una manera progresiva, lenta, racional...

—¿Cómo?

—Primero haciendo que no considerasen perfecta su astronave. Cuando les hice creer que la «Star» se había averiado, herí profundamente su orgullo: el orgullo que los «Aguiluchos» tenían en sus vehículos del espacio.

—¿Y después?

—El que Don olvidase, porque yo se lo ordené, el mecanismo de los motores; fue un nuevo golpe a la vanidad de los «Aguiluchos». Luego, la aparición de los enanos les demostró que no habían explorado bien el Sistema Solar: un nuevo golpe que se agravó cuando las «tortugas» amenazaron destruir el astronavío.

—¡Es formidable!

—Mi intervención, después, cuando salí a hablar con los enanos, quería significarles la superioridad de la inteligencia sobre la fuerza. Pero eso no sirvió para mucho, como ya sabes.

—Es verdad.

—Las luchas entre enanos estaban destinadas a demostrarles que su valor era ficticio y que espectáculos como aquellos terminarían por derrumbarles... Me equivoqué —sonrió— un poquito. Pero después, cuando Walter combatió con su enemigo, mi tesis fue cierta.

—¿Y por qué hiciste que Nelsen matase a su contrario?

—Para convencerme de sus malos instintos. Todos me eran sospechosos, pero he de confesarte que Walter era mi preferido.

Wanda exclamó:

—¡No te equivocabas!

—No. Fue como una intuición, desde el principio, aunque también sospechaba que los otros eran tan culpables como él.

—¿Y lo de aquel repugnante banquete?

—Era la continuación de la destrucción de su vanidad, de la seguridad que tenían en sí mismos. Yo estaba seguro de que cuando me viesen devorar la repugnante carne de aquellas «tortugas», se desmayarían... y casi ocurrió.

»Les tenía ya en mis manos y no poseían todos los poderes que ellos creían tener. Habían fracasado y el asco que decían sentir hacia mí no era, ni más ni menos, más que un asomo ya potente de un fuerte complejo de inferioridad...

—Comprendo.

Encendieron otro cigarrillo.

—¿Para qué hiciste aparecer las mujeres?

—Era lógico, querida. La primera fase estaba ya terminada y teníamos que acercarnos al desenlace, poco a poco... No había más remedio.

Y después de una breve pausa, sonriendo, prosiguió:

—Las mujeres, hermosas todas ellas, despertaron en los «Aguiluchos» sus instintos de conquista, su espíritu de Don Juan. Comparando a los enanos, ellos debían crecerse. Y así ocurrió: su narcisismo llegó al paroxismo y ya los tuve preparados para la fase siguiente.

»Creyéndose los dueños y señores de aquella ciudad de mujeres hermosas, olvidaron incluso la astronave. Mientras, yo iba preparando el acto final que ya conoces. Imité los lugares, la situación, pero hice que ellos supiesen que aquello era la repetición de lo que habían hecho.

—¡Y lo lograste!

—Sí. Fue la fase más dolorosa de todas, ya que la proyección de mi hermana en el plano hipnótico me llenó de congoja.

—Es natural.

—Pero yo necesitaba repetir lo ocurrido. Y cuando vi que todos contribuían, pude llegar a la conclusión de que todos eran culpables, aunque Walter en primer lugar.

—¿Qué ocurrirá ahora?

—No lo sé. Serán, seguramente, juzgados y condenados. Walter irá a la cámara de gas. Y no es eso sólo...

—¿Qué más puede ocurrir?

—Lo mejor. El gobierno, al que esta experiencia habrá abierto los ojos, no tratará ya a los «Aguiluchos» con los mimos que lo hizo hasta ahora. Impregnado por un sano y noble espíritu democrático, el Presidente se dará cuenta que todos los hombres de los Estados Unidos han de ser iguales en el trato recibido. Y que los honores no deben alcanzar nunca esa impunidad

estúpida de la que gozaban los «Aguiluchos».

—¡Se habrá conseguido mucho!

—¡Muchísimo! Porque, ¿qué es la libertad humana cuando las castas la mellan, la corroen, la descuartizar y la corrompen? Ha costado mucho conseguir la libertad para dejarse llevar, una vez más, por ese espíritu de minorías que suele ser tan peligroso y que ha dado a la humanidad serios disgustos, desde los pretorianos romanos a los miembros de las SS nazis y, finalmente, a los «Aguiluchos».

—¡Es hermoso oírte hablar así!

—No lo digo porque sea hermoso, Wanda, sino porque estoy plenamente convencido de que es la verdad, una de las más justas y que merece rodos nuestros desvelos y sacrificios.

Tío Jess entró en aquel momento.

Y, sonriente, como de costumbre, preguntó:

—¿Ha terminado la conferencia científica?

—Sí, tío.

—¡Entonces pasemos al comedor! Es decir...

Se quedó mirando a su sobrino.

—¿Qué quieres insinuar, tío?

—No sé. Yo entiendo muy poco de cosas científicas; pero, por lo menos, cuando veo a dos jóvenes como vosotros, y les miro a los ojos, espero que se me comunique algo concreto.

Sonriendo, Ben se acercó a la muchacha, que también se había puesto en pie, cogiéndola de las manos.

—Puedo anunciarte, tío Jess, que sólo esperamos tu bendición para comunicarte nuestro compromiso que, dentro de poco, se convertirá en feliz matrimonio.

—¡Eso es otra cosa, Ben! ¡Mis felicitaciones... y mi bendición!

—Gracias, tío.

—Gracias, señor Flanley.

—¡Alto ahí, señorita! Desde este momento, Wanda, eres mi nueva sobrina. Y yo soy para ti el tío Jess. ¡Ni más ni menos! ¡He dicho! Además...

Pero no siguió.

Porque Wanda y Ben habían unido sus labios y el viejo, tosiendo, como si se acabase de tragar una espina, tuvo que esperar un buen rato.

Luego lanzó una carcajada.

—¿De qué te ríes, tío? —inquirió Ben.

—De una cosa que me hace muchísima gracia: Verás, en mis tiempos no nos besábamos así...

—¿No?

—Hubiese sido imposible —no había dejado de sonreír—. No éramos tan resistentes. Además...

Ben preguntó:

—¿Qué?

—¿Estás seguro de que para besar así no hay que hipnotizar a la muchacha?

Wanda lanzó una carcajada.

—¡No, tío Jess! Y si lo que quiere usted es probar lo contrario, que es, en verdad, lo que está deseando, ¡venga a mis brazos de una vez y no disimule tanto!

# EPÍLOGO

Wanda descendió de su coche, que acababa de detener ante la entrada del edificio, dentro de la Base de las AFS, en San Antonio. Minutos después, tras saludar a la empleada de la recepción, penetraba en el despacho de su esposo.

Ben, al verla, abandonó el sillón, dirigiéndose a su encuentro. La rodeó con sus brazos, besándola.

—¡Hola, cariño!

Le miró severamente.

—¿Es que has olvidado que hoy es sábado?

—De ninguna forma.

—¡Embustero! Estábamos citados en la ciudad, a las dos menos cuarto. Y son las tres...

—¿Ya?

—Sí, ya.

—Perdona, querida. La verdad es que he tenido que revisar todo el nuevo equipaje humano de la «Star». Ya sabes que salen para Plutón, dentro de doce horas.

—Todo eso está muy bien, pero tío Jess ha llamado nuevamente por teléfono y me ha dicho, claramente, que, si no vamos, entregará un equipo de cow-boy a Tony y lo mandará con un grupo de vaqueros.

—¡Pero si Tony no tiene más que dos años!

—Eso, también me ha dicho tío Jess, le importa un bledo. Se queja de tener que estar todo el día al lado del niño y...

—¿Y la señorita Curwer?

—¡Pobrecilla! Tú ya sabes que tío Jess no la deja ni acercarse al pequeño...

—¿Y por qué se queja?

—Bueno. Dejémonos de charla. ¿Vienes?

—Ahora mismo.

—¿Saldremos para casa de tío Jess?

—Luego hablaremos.

Le miró y, cogiéndole por los brazos, exigió:

—¿Qué hay, Ben?

—Nada, te lo aseguro.

—No mientas.

—Digo la verdad.

Una sonrisa triste se pintó en el rostro de ella; luego, con voz cálida, dijo:

—Has cambiado a la gente de la Base, querido. Los «Aguiluchos» son hoy personas como los demás, ciudadanos de los Estados Unidos, sin más prerrogativas que un cargador de los muelles de Nueva York. La gente les adora ahora mucho más que antes, pero con una simpatía normal, de hombre a hombre, de persona a persona, no de gusano a vanidoso muñeco...

—Sí, ya lo sé.

—Entonces no hace falta que me digas más. Sales en la «Star», ¿verdad?

—Sí.

Hubo una pausa; luego ella habló.

—Debí imaginármelo.

—Debes comprenderlo, querida. Quieren que vaya con ellos, que les ayude en su labor, que resuelva sus problemas psicológicos, que les enseñe a amar el espacio y a sentir que sirven a su país...

—Ya sé...

—¿Entonces?

Sonrió y cogiéndole las manos:

—Lo comprendo todo, Ben. Tony, el día de mañana, estará orgulloso de su padre, del hombre que acabó con una casta de vanidosos estúpidos. Y con tu hijo, doctor Flanley, estarán orgullosos muchos pequeños más... Bueno; espero, por lo menos, que me invitarás a comer. ¿Vamos?

—Vamos, Wanda.

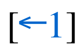
Y salieron.



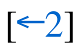


Escena de la película HUNDID EL BISMARCK
CINEMASCOPE (20th Century Fox)
Precio en España: 6.- ptas. En Argentina: 9 pesos

# Notas




**Miedo a los espacios abiertos.**




**Análisis utilizando pentotal.**